



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Ramón Manrique Sánchez: acción periodística y literaria en la primera mitad del siglo XX colombiano

Nayibe Anacona Aldana

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura

Bogotá, Colombia

2021

Ramón Manrique Sánchez: acción periodística y literaria en la primera mitad del siglo XX colombiano

Nayibe Anacona Aldana

Tesis presentada como requisito para optar al título de:

Magíster en Estudios Literarios

Director:

Guillermo Andrés Castillo Quintana

Codirector (a):

Ph.D., Iván Vicente Padilla Chasing

Línea de Investigación:

Literatura e historia colombiana del siglo XX

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura

Bogotá, Colombia

2021

Resumen

Ramón Manrique Sánchez: acción periodística y literaria en la primera mitad del siglo XX colombiano

El presente trabajo explora la acción periodística y literaria de Ramón Manrique Sánchez a partir de tres obras: *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia* (1937), *Los Presidenciables* (1944) y *La Venturosa* (1947). El objetivo es ubicar a Manrique dentro de la tradición nacional del periodismo, el ensayo y la literatura. Para ello, me sirvo principalmente del diálogo con la teoría de los campos de producción cultural de Pierre Bourdieu, la noción de conciencia histórica de Gadamer y la explicación de la institucionalización de la literatura de Jacques Dubois. La reivindicación que propongo del trabajo intelectual de Manrique se sustenta en la sensibilidad del escritor frente a los problemas culturales, históricos, políticos y sociales de la primera mitad del siglo XX colombiano, que evaluó en sus facetas de articulista, ensayista y novelista. De este modo, con la intención de explicar su toma de posición ante problemas como la vivencia de la modernidad en Colombia, la profesionalización del escritor colombiano, el auge del comunismo en el país y la incapacidad de superar algunas contradicciones históricas, en la primera parte se revisa su perfil intelectual y su proyección social; y en la segunda y tercera se evalúa su proyecto estético a partir del análisis de uno de sus ensayos y una de sus novelas respectivamente.

Palabras clave: Ramón Manrique Sánchez, *Los presidenciables* (1944), *El signo bajo la hoz* (1937), *La Venturosa* (1947), periodismo colombiano, ensayo colombiano, novela colombiana.

Abstract

Ramón Manrique Sánchez: action journalistic and literary in the first half of the Colombian 20th century

The present monograph explores the journalistic and literary action of Ramón Manrique Sánchez from three works: *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia* (1937), *Los Presidenciables* (1944) y *La Venturosa* (1947). The objective is to place Manrique within the national tradition of journalism, essays and literature, for this I use the dialogue with the theory of the fields of cultural production of Pierre Bourdieu, the notion of historical consciousness of Gadamer and the explanation of the institutionalization of Jacques Dubois's literature. Ramón Manrique Sánchez's claim as an intellectual of the early 20th century is based on the writer's sensitivity to the country's cultural, historical, political and social problems. Throughout his stages as a journalist, essayist and writer, the development of an aristocratic and modern world view is evident. In this way, with the intention of explaining his position on the cultural problems of the time, the arrival of modernity in Colombia and the inability to overcome contradictions from history, the first part reviews his intellectual profile and his Social projection. In the second and third part his aesthetic project is evaluated based on the analysis of the problems that he poses in his work.

Keywords: Ramón Manrique Sánchez, *Los presidenciables* (1944), *El signo bajo la hoz* (1937), *La Venturosa* (1947), colombian journalism, colombian essay and colombian novel.

¡País de tontos y salvajes! En cuanto pasa una guerra; ya está preparando la otra. (Manrique, 2005, p. 82)

Y es que como ese noventiocho por ciento no lee por abulia o pereza mental, o porque no sabe o porque no le dá la real gana, pero ve el énfasis gesticulante del orador; la pelea entre éste y el realizador silencioso, es pelea de toche con guayaba madura... (Manrique, 1944, p. 28)

Hay un peligroso error al considerar palurdos a nuestros campesinos. Lo que sucede es que quienes han dirigido la sociedad en los últimos tiempos, han descuidado completamente la educación popular, y generaciones enteras no supieron de otra clase de libros que “El Catecismo de la Doctrina Cristiana”. (Manrique, 937, p. 82)

En esos tiempos de guerras y cuartelazos ser liberal equivalía a ser masón, y al masón se identificaba como un brujo, un ser inhumano que participaba en grimorios y aquelarres a base de sacrificios de sangre y descuartizamiento de niños recién nacidos. Era claro que los masones tenían pacto con el diablo y se las entendían a la maravilla con el Mohán. (Manrique, 2005, p. 39)

Agradecimientos

Cada día intento serme fiel y coherente, no es fácil, pero este paso es la confirmación de un compromiso académico y personal en el que muchas personas estuvieron implicadas y, seguramente, lo seguirán, pues aún no termina este proyecto que inició en mi pregrado. Primero, agradezco a la vida por tantos privilegios, enseñanzas y encuentros que me permitieron descubrir este camino. En algunas ocasiones me jugó sucio, pero entendí que hace parte del proceso. En segundo lugar, a mi mamá y a mis hermanas, quienes me ofrecieron su sustento, amor y apoyo. A pesar de que mi labor es tan ajena a sus intereses, siempre me dejaron saber que estaban ahí para mí. Esa constancia me muestra lo afortunada que soy. En tercer lugar, quiero nombrar a Guillermo Castillo, quien me dio la oportunidad de sumergirme en el camino de la investigación de su mano y así vislumbrar los errores, los métodos, las ideas y las palabras adecuadas en la escritura. Por ese compromiso con la investigación y su paciencia, quedo en deuda. Espero que siga haciendo parte de mi desarrollo intelectual.

De igual manera, quiero nombrar a mis maestros, ellos me dieron la oportunidad de estar en sus aulas. Muchas gracias por los espacios de debate, preguntas y cafés. También, a mis amigos que, a pesar del afán de Bogotá, de la vida adulta y la pandemia, estuvieron ahí para hacerme crecer como persona y participe de espacios de formación y diálogo: Chris Beltrán, Rubén Darío Cita, Laura Sevilla, Gabriel Cortés y Carlos Medina. Además, debo agradecer a Angélica Monroy, secretaria de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia, su eficiente trabajo demuestra un gran compromiso con los estudiantes y con los procesos de la universidad.

Por último, quiero nombrar a la Universidad Nacional de Colombia y a la Maestría en Estudios Literarios. Gracias a los profesores de esta alma máter, en especial Iván Padilla y Patricia Trujillo, desde una actitud retadora y abiertamente académica, me enseñaron a pensar la literatura como un campo de producción simbólica que da cuenta de nuestra realidad. Algún día las letras y las humanidades tendrán el papel que se merecen en nuestra sociedad.

Contenido

	Pág.
1. Ramón Manrique Sánchez: contradicciones entre su origen y formación	7
1.1 Hijo de una casa liberal con educación conservadora	10
1.2 Proyección periodística: un acercamiento al mundo intelectual	16
1.3 Ramón Manrique Sánchez ante el problema de la profesionalización del escritor en Colombia	37
2. Ramón Manrique ante el barbarismo y la izquierda revolucionaria	43
2.1 <i>Bajo el signo de la hoz: la conjura de comunismo en Colombia</i> (1937): un ensayo político-literario	46
3. Ramón Manrique Sánchez: ficción y realidad	57
3.1 <i>La Venturosa: gesta de guerrilleros y bravoneles, relato de incubos y súcubos, amores, trasgos y vestiglos</i> (1947)	61
Consideraciones finales	75

Introducción

La presente investigación debe su origen a lo conseguido en la monografía de pregrado titulada “Geosímbolos venturosianos del Huila” (2015). En esa oportunidad, me concentré exclusivamente en reconocer símbolos culturales, históricos y míticos del Huila en la novela *La Venturosa* (1947) de Ramón Manrique Sánchez (1894-1965)¹. Ahora, unos años después, y con el deseo de profundizar más en la producción intelectual y artística del autor, ofrezco un estudio que pretende explicar su lugar en el campo literario y cultural de la nación. Para lograr tal cometido, decidí evaluar tres obras que dan cuenta de su producción intelectual y estética de ficción y no ficción.

De esta manera, *Ramón Manrique Sánchez: acción periodística y literaria en la primera mitad del siglo XX colombiano* se inscribe en la línea de investigación sobre literatura del siglo XX colombiano de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia, en la modalidad de profundización. A través de ella busco aportar nuevos conocimientos que permitan comprender mejor su obra y explicar su singularidad e importancia para la vida literaria en la Colombia de la primera mitad del siglo pasado; de igual manera, cumplir con el requisito para optar al título de magíster en Estudios Literarios en la Universidad Nacional de Colombia.

A lo largo de estas páginas intentaré aclarar la relación que guardan Manrique y su obra con el proceso de autonomización del campo literario y del proceso de profesionalización del escritor en el siglo XX colombiano. El estudio de algunas de sus columnas periodísticas, ensayos y novelas, en los que exhibe una aguda sensibilidad histórica, política y estética frente a las transiciones sociohistóricas y culturales del cambio del siglo XIX al XX, posibilita advertir que su forma de comprender su presente histórico, la literatura e incluso a sí mismo se caracterizaría por el entrecruce de una visión aristocrática del mundo y una de corte más moderno. Este hecho, sin reducirlo a una llana contradicción

¹ “En la ciudad de Neiva nació el 11 de enero de 1894 don Ramón Manrique Sánchez, periodista y novelista notable, autor de *La Venturosa*” (Moreno, 1995, pág. 259). Es preciso aclarar que la biografía editada para el libro *A sangre y fuego* de Ramón Manrique Sánchez en el año 2013, a cargo de su hijo Ramón Manrique Focaccio, expone que el escritor nació en el año de 1900. En cuanto a la fecha de su muerte se encuentra la versión de *Huila Centenario*, en el que se dice que Ramón Manrique Sánchez murió en Barranquilla el 24 de abril de 1965, pero según Ramón Manrique Focaccio, murió en Bogotá en casa de su hermana Helena Manrique Sánchez, el 22 de enero de 1962.

de valores, debe entenderse como uno de los rasgos más peculiares de su perfil intelectual y, en términos más generales, como un producto histórico de las circunstancias del momento.

Por eso, adoptar a Manrique como objeto de estudio supone caracterizar un tipo singular de intelectual y comprender el mencionado proceso de transición como un complejo fenómeno existencial que moldeó algunas de las mentalidades de la época, pero del que poco se ha hablado en la historia de la literatura y de las ideas en Colombia. De allí que sea imprescindible adentrarse en su propuesta estética y periodística, aquella con la que identifico su acción en el mundo. Manrique hizo parte del grupo de periodistas-escritores que, a mi modo de ver, influyó significativamente en el proceso de profesionalización de los intelectuales en el país y en el desarrollo paulatino del campo literario nacional.

Con esto en mente, apelaré a la comprensión del lector, pues esta investigación no será exhaustiva. La razón principal es que la obra de Manrique carece de estudios críticos de los cuales se pueda partir, de igual manera, el volumen de la obra de Manrique demanda una amplitud mayor de la que se puede desarrollar en esta tesis de maestría, quizá un libro completo.

Resulta inconveniente que en la mayoría de oportunidades, cuando aparecen menciones de la obra, apenas esté tangencialmente comentada y valorada, excepto por algunas revisiones que buscaron ser más profundas². lo que evidencia el desconocimiento sistemático de su importancia en la literatura colombiana y la necesidad de estudios específicos dedicados a él y su obra. La constante de sortear la investigación con el poco

² A continuación, le presento al lector una lista de investigadores que lo han reconocido por su novela *La Venturosa* a modo de menciones simples o generales: el lingüista Luis Flórez en el Boletín 3 del Instituto Caro y Cuervo en 1947; Delimiro Moreno en *Estado Soberano del Tolima. Personajes en su historia* de 1955; Antonio Curcio Altamar en *Evolución de la novela en Colombia* de 1957; Benhur Sánchez en *Narrativa e Historia: El Huila y su Ficción* de 1987; Félix Ramiro Lozada Flórez en el prólogo a la reedición de la novela en 2005 a causa del centenario del Huila; Jorge Alirio Ríos en la compilación de *Huila Centenario* de 2005 y Félix Ramiro Lozada en *Literatura Huilense* de 2007.

Desde una perspectiva personal, considero que con estos autores se encuentran pistas de un estudio más profundo de la obra: Luis Ernesto Lasso compilador de *Huila Cien años no es nada* con el ensayo de Cristian Eduardo Forero y Christian Fernando Silva *Ramón Manrique Sánchez: el último liberal radical* de 2008; Carmen Elisa Acosta en *Remá, Remá: Las literaturas del río Magdalena* de 2014; Nayibe Anaconda Aldana con la monografía *Geosímbolos venturosianos en el Huila* de 2015 y el prólogo de Cristo Rafael Figueroa Sánchez a la reedición de la novela en 2017.

En cuanto al libro *A Sangre y fuego* (1948), hay una reedición de 2013 financiada por Ramón Manrique Focaccio, hijo menor del autor, y es nombrado en la monografía “La representación del Bogotazo en cuatro novelas colombianas 1948-1953” de Carlos Geovanny Duarte Rangel de la Universidad Industrial de Santander en 2005 (Duarte, 2005, p. 24-34)

material crítico que hay, me condujo a plantear un estudio capaz de ofrecer una primera aproximación detenida sobre su visión de mundo, toma de posición, elecciones formales y conciencia histórica, así como de ubicarlo dentro de la tradición ensayística y literaria en Colombia, como se verá, hasta cierto punto muy próxima a la del siglo XIX. Por supuesto, esta apuesta incluye además entender su responsabilidad intelectual con sus lectores, los círculos sociales y políticos a los que se asoció y sus proyecciones sociales, intelectuales y literarias.

Con esto dicho hasta aquí, aclaro que la producción intelectual de Manrique consta de una variedad de obras. Sin embargo, en esta investigación me concentraré en tres: *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia* (1937), *Los Presidenciables* (1944) y *La Venturosa* (1947). Me centro en estos libros porque con ellos se hace posible reconstruir el perfil de Manrique desde tres ángulos de su actividad intelectual, el ensayístico, el periodístico y el literario, y, además, identificar algunos de sus preocupaciones históricas y culturales: las pugnas internas del liberalismo, el respeto por las instituciones y las críticas a quienes las dirigen, la carencia de un *ethos* cultural en Colombia, el problema de los totalitarismos de principio de siglo, el auge del comunismo en el país, las malas prácticas en la política, entre otras. A mi juicio, a través de estas obras Manrique sintetiza su concepción de la función social de la escritura, la literatura y el periodismo.

Como el lector podrá constatar, para desarrollar mis hipótesis de lectura de las obras de Manrique me serví principalmente de la teoría de los campos de producción cultural de Pierre Bourdieu, la noción de conciencia histórica de Gadamer y la explicación de la institucionalización de la literatura de Jacques Dubois. Con su ayuda, busqué reflexionar sobre el fenómeno general de la evolución del escritor colombiano en el siglo XX y desde esa línea ubicar a Manrique dentro de la tradición nacional del periodismo, el ensayo y la literatura.

Como demostraré en el curso de esta indagación, Manrique es fundamental para entender el proceso de configuración de la vida literaria colombiana de principios de siglo XX. Para ingresar metódicamente en esta explicación, en un primer momento me enfocaré en su actividad periodística, a mi juicio, etapa en la que maduró como intelectual, propició debates y promovió ideas sobre el problema del *ethos* cultural en Colombia.

De esta manera, en el primer capítulo me aproximaré al perfil intelectual y axiológico de Manrique desde la revisión de las contradicciones que sorteó durante su formación y en calidad de periodista. Aquí intento demostrar que, a pesar de que en la época no había un *campo literario*, Manrique, en su condición de desclasado por la guerra civil de los Mil Días, optó por dedicarse al periodismo y desde ahí proyectarse literariamente. Aunque tuvo que vivir del periodismo y encontrar en la expresión estética un privilegio, que ya no era exclusivo de élite, pudo ingresar a un mundo intelectual que le dio la legitimación cultural y la posibilidad de publicar sus novelas y ensayos, sin que esto le implicara profesionalizarse como escritor.

En el segundo capítulo intentaré dar cuenta de cómo Manrique se inserta en la tradición ensayística colombiana. Para ello, retomo su libro *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia* (1937), desde ahí reviso sus reflexiones sobre el problema del *ethos* cultural y la izquierda revolucionaria. Con este capítulo también pretendo invitar al lector a reconstruir algunos de los paradigmas de pensamiento de la Colombia de inicios de siglo XX sobre la recepción de nuevas posturas ideológicas, como el comunismo, cuyas propuestas fueron consignadas muchas veces en ensayos. Desde la perspectiva del género, será posible comprender cómo la llegada de imaginario comunista al país afectó existencialmente a Manrique, al punto de haberlo llevado a concebir un ensayo de largo aliento en el que ofrece una interpretación personal de este asunto y de su época.

Por último, en el tercer capítulo ofrezco una aproximación a *La Venturosa* en la que revisaré el sentido global de la obra desde el problema compositivo. La fusión de ficción y realidad que compone Manrique se lleva a buen término con el entrecruzamiento de la técnica costumbrista y la novela histórica. A pesar de que este capítulo no será exhaustivo, demostraré que la novela plantea una revisión de la mentalidad colombiana, producto de un sincretismo y una hibridación de visiones de mundo modernas y populares.

En mi opinión, hay mucho trabajo que hacer, pues no se ha dicho todo sobre Manrique. Por ello invito a ampliar el análisis sobre su inscripción en el ensayismo colombiano, su diálogo con las tendencias costumbristas, históricas, y su reiterado tono irónico. Si bien en esta investigación el lector podrá encontrar una propuesta de lectura de la obra de Manrique, en realidad mi disertación busca abrir la oportunidad para nuevas

exploraciones investigativas que busquen responder: ¿cuál es el papel de Manrique en la tradición del ensayo? ¿en qué aspecto aporta su obra en la historia de las ideas y del liberalismo en Colombia? ¿hace parte de la tradición de la novela de La Violencia? ¿con qué escritores dialoga? ¿cómo el periodismo se convierte en una herramienta social para llegar a la literatura? ¿cómo se puede entender la posición estética de Manrique en la tradición del siglo XX? ¿qué papel tiene Manrique en el fenómeno del escritor colombiano de principios del siglo XX? Con esto en mente, la obra de Ramón Manrique Sánchez no se debe dejar en el olvido.

1. Ramón Manrique Sánchez: contradicciones entre su origen y formación

Cada época imprime en los seres humanos una identidad significativa y propia que en algunos casos los conduce a buscar comprender su propia historicidad. Los sucesos acontecidos durante la transición del siglo XIX al siglo XX grabaron en Ramón Manrique Sánchez el cansancio y las consecuencias de las guerras civiles colombianas, especialmente la de los Mil Días³. La vida del periodista, ensayista, historiador, cronista y novelista se debatió entre Bogotá y el Caribe, focos del desarrollo modernizador en el país durante la época⁴.

Este hombre vivió en medio de las circunstancias conflictivas que dejara la última guerra civil y asumió frente a ellas posiciones políticas, éticas, estéticas y filosóficas evidentes en sus trabajos literarios, periodísticos e históricos. Aquí unos primeros ejemplos de ello:

Don Víctor Hilario pareció meditar un poco, y luego se refirió a la guerra de los Mil días, que despedazó y azotó el universo colombiano a fines del siglo y a las que azotarían al mundo en el porvenir, como adehala del camino de sufrimiento para lograr la perfección que para la humanidad ambiciona Dios. Dijo que el hombre como unidad era el resumen de la Humanidad y de los mundos. Como el escultor, debería tallar y embellecer los contornos de su propia estatua, a fuerza de golpes, cortes y tajos; a fuerza de lucha. (Manrique Sánchez, 2005, p. 154)

³ Malcom Deas (2000) presenta la guerra civil los Mil Días (1899-1902) como un resultado de la acumulación de las guerras civiles del siglo XIX entre liberales y conservadores, y el paso de la Constitución de 1863 (tendencia liberal) a la de 1886 (tendencia conservadora). A partir de las reflexiones de Deas, se puede concluir que las pérdidas de la guerra civil son incalculables; si bien la separación de Panamá implicó la pérdida de la soberanía nacional, la guerra dejó bajas humanas, económicas, territoriales, sociales y culturales: “Sin duda fue la guerra civil más fatal y destructiva de todas las guerras civiles formales que ha sufrido el país” (enero 2000), razón por la cual determinó la proyección social de los intelectuales de principios del siglo XX, entre ellos, Ramón Manrique Sánchez.

⁴ Frente al proceso de modernización en Colombia, Rubén Jaramillo (1998) nos plantea que su aceleración se dio a finales de la década del 20 y del 30, pues la República Liberal realizó un “intento por modernizar el país y adecuarlo al desarrollo del capitalismo” (p. 105). Por otro lado, encontramos que el café le permitió “entrar en un proceso de modernización, industrialización y secularización” (p. 132), lo que generó la necesidad de mejorar el transporte, de ahí que se haya construido un sistema de “ferrocarriles hacia la costa o hacia el río Magdalena” (p. 134). Vemos que Bogotá, como capital de Colombia, hizo parte del centro de desarrollo, de igual manera la costa tuvo su cuota con Barranquilla. Carlos Bell Lemus (2014) en su ensayo “Barranquilla y modernización del delta del Río Magdalena (1842-1935)” demuestra que Colombia se adecuó en infraestructura “para mejorar la movilidad, incrementar el volumen de carga y potenciar el comercio internacional” (p. 52) con la construcción del ferrocarril, los tajamares de Bocas de Ceniza y el hidropuerto de Veranillo, “de modo que el tren, el barco y el avión gestaron la transformación del delta del río Magdalena y convertiría a Barranquilla en puerto multimodal por excelencia a principios del siglo XX” (p. 54). La necesidad de una modernización técnica es evidente, sin embargo, hay un desacople con una modernización del *ethos* civil colombiano.

¡País de tontos y salvajes! En cuanto pasa una guerra; ya está preparando la otra. Del 76 al 85; del 85 al 96; de las “democráticas” a las “culebras” clericales. Nuñez y Parra, Lopez y Azuero, Caro y Cuervo, Payán y Conto y... ¡Para acá y para allá! ¡Soy un hombre honrado que he hecho mi capital centavo a centavo! ¡Sí, señores: centavo a centavo...! (Manrique, 2005, p. 82)

En estos fragmentos encontramos una voz antiguerrerista, aunque, eso sí, colérica, que, anclada en su experiencia personal, presenta los estragos físicos y morales que dejó la guerra civil. En ese mismo tono, amonesta a los beligerantes que, alimentados por el odio y la venganza, promueven la muerte irracional. Esta toma de posición frente a los males de su época reciente será una de las constantes de su producción intelectual.

La revisión del contexto en el que vivió Manrique permite entender cómo se presentó y proyectó social e intelectualmente en el medio cultural de la época, así como identificar y comprender la contradicción existencial que lo acompañó a lo largo de su trayectoria: su formación inicial en el seno de los valores tradicionales del conservadurismo, todavía de fuerte urdimbre colonial, contrapuesta a su desarrollo paulatino de la mentalidad moderna. Me permito detenerme un poco en este punto para aclararlo desde el comienzo.

Manrique nació en una cuna que responde más a las tradiciones religiosas (catolicismo), literarias (costumbrismo) y educativas (Regeneración) del siglo XIX. Sin embargo, con el cambio de siglo, estas entraron en conflicto con los hechos sociales, políticos y económicos que supusieron el comienzo de la ruptura con los valores y el modo de vida decimonónico en Colombia: el inicio paquidérmico de la democracia después de las guerras civiles del XIX, el proceso de modernización en cabeza de Rafael Núñez⁵, la bonanza cafetera a inicios del XX, entre otros. El escritor se ubica justo en el punto de intersección de tales circunstancias, por lo que su obra inevitablemente exhibe precisamente los trabajos de mediación y conciliación que le supuso saberse en una transición de épocas, valores y mentalidades.

⁵ Según Rubén Jaramillo (1998), Rafael Núñez ha sido mal interpretado por sus biógrafos. Señala, por ejemplo, que historiadores como Jaime Jaramillo reconocieron que durante su época de gobierno el país “avanzó en aspectos hacia el progreso intelectual y material” (p. 36). De igual manera, ve en Núñez a un hombre cosmopolita que, a partir de su experiencia en Liverpool como cónsul colombiano, pudo conocer “*in situ* la realidad de la era industrial capitalista, el nacimiento del proletariado... Por lo cual al regresar al país traía el convencimiento de la necesidad de impulsar la industrialización” (pp. 39-40). A pesar de esta consideración, ese Núñez progresista y modernizador riñe con su decisión de darle el poder de la educación a la iglesia.

Con esto en mente, el objetivo principal de este capítulo es explicar el recorrido social de Manrique a partir de su origen de clase, su irrupción en la vida pública del país, su quehacer como escritor, la relación que mantuvo con otros intelectuales y su toma de posición en el campo intelectual y social de la época. Las siguientes son algunas de las preguntas rectoras de este apartado: ¿de qué manera asumió e interpretó Manrique las consecuencias de la guerra civil de los Mil Días?, ¿cómo resolvió las oposiciones entre su visión de mundo aristocrática y moderna de la sociedad?, ¿qué permite caracterizarlo como un sujeto moderno?, ¿de qué manera se proyectó socialmente?, ¿qué vicisitudes sorteó en su quehacer literario?, ¿cuál fue su toma de posición ante los problemas de su época?, ¿cómo ingresó al campo intelectual y literario colombiano?

Manrique se vio afectado por varias situaciones problemáticas que lo pusieron en diversas contradicciones. La primera se vincula con su filiación familiar al partido Liberal, confrontada con el discurso regeneracionista que dominaba la educación de su época. La conciliación entre estas tendencias devino en un liberal convencido ideológicamente, pero con un pensamiento social cristiano, situación atípica, por ejemplo, para los liberales más radicales.

En medio de este contexto, el escritor fue crítico de los actos réprobos de las clases altas del país; sin embargo, sus escritos no derivaron por ello en diatribas contra ellos. Una muestra de ello se hace manifiesta en las siguientes palabras de su ensayo *Bajo el signo de la hoz*: “En manera alguna este ensayo político-literario está destinado a halagar a las clases ricas de mi país” (1937, p. 11). Tal como se ve en el fragmento, a pesar de que Manrique perdió sus privilegios durante la guerra civil de los Mil Días, no renuncia a identificarse con la clase social de la que descendía por línea de sangre. Llama la atención que, a pesar de esa cercanía con la élite, a través de su ejercicio periodístico buscó más bien hablarle de cerca a la gente del común, con el fin de hacerles entender, entre varios asuntos, la transición del poder, en términos democráticos, de nichos aristocráticos a unos más modernos y de masas.

La segunda contradicción se da cuando irrumpe en el *campo intelectual*, inicialmente en calidad de periodista, pues la decisión de asumir esta profesión liberal y moderna le implicó enfrentarse a las políticas restrictivas del conservadurismo de la Regeneración, especialmente enfocadas en la libertad de prensa. La tercera la encontramos en las

limitaciones que tuvo para insertarse en el campo literario, pues su origen de clase y la inexistencia de instancias de consagración literaria dificultaron su proyección plena como escritor.

Tales contradicciones, producto de las particularidades del contexto colombiano del siglo XX, influyeron y afectaron su recorrido vital, profesional, intelectual y literario. Con el fin de comprender la consolidación paulatina de su *conciencia histórica* (Gadamer, 1993, p. 43), así como su *toma de posición* frente a las guerras intestinas del siglo XIX, los totalitarismos, la carencia de un *ethos* moderno en el país, la pobreza intelectual de las clases humildes y los problemas internos del partido Liberal, juzgo oportuno revisar con atención estos dos elementos, ya que su estudio facilita reconstruir el perfil intelectual de Manrique, así como entender el carácter moderno de su trabajo periodístico y literario.

1.1 Hijo de una casa liberal con educación conservadora

La obra de Ramón Manrique Sánchez, inexplorada por la crítica literaria y hasta cierto punto por la historia del periodismo colombiano, supone, a mi juicio, un punto de partida necesario para reflexionar sobre la literatura colombiana de principios del siglo XX. La particularidad de su producción intelectual, lo convierte en un referente necesario para entender el fenómeno literario del país, pues da cuenta de un choque de paradigmas, de visiones de mundo, que se forjaron y reconciliaron en un sujeto con una visión aristocrática y al mismo tiempo civil de la vida. Manrique acogió y echó mano de elementos de cada una para forjar su perspectiva histórica, analizar la realidad y autodefinirse

Como valor agregado a esa peculiaridad, considero que el trabajo de Manrique es importante en la medida que contribuye a entender el complejo panorama de la historia de las ideas y del Liberalismo en Colombia. Además, se le puede considerar un referente literario porque su proyecto intelectual ayudaría también a comprender una etapa del proceso de profesionalización del escritor colombiano, el tipo y tono de las evaluaciones estéticas que se encargaron de tomar posición frente a los males culturales que afectan al país. En este sentido, propongo a Manrique como un buen ejemplo para estudiar estos asuntos desde la reacción histórica de uno de los intelectuales liberales que fueron desclasados tras *perder* la guerra de los Mil Días.

A pesar de que se desconocen muchos aspectos de su vida y de su producción intelectual y literaria, hay rastros dispersos que nos permiten armar el rompecabezas de su lugar en el mundo, en la literatura, el periodismo, la ensayística y la intelectualidad colombiana. De ahí la necesidad de indagaciones como la que propongo en estas páginas, dedicada a estudiar a este intelectual marginado por la historia, ineludibles si se desea entender mejor nuestros procesos históricos y literarios.

Uno de estos rastros dispersos está consignado en la *Bibliografía General de Cartagena de Indias*, documento que vincula a Ramón Manrique Sánchez con Fernando Salas, abuelo materno y prócer de la independencia (sacrificado en la plaza principal de Neiva durante la época del terror), quien le legó un marcado antihispanismo (Salas, 2020, pp. 179- 186). Su relación con el comunero fusilado por los españoles lo sitúa en una línea sanguínea de personas que lucharon por los ideales emancipadores, hecho que glorifica históricamente su linaje familiar. Al respecto, en el ensayo titulado *Bajo el signo de la hoz* (1937), Manrique dice sobre sí mismo lo siguiente:

El autor de este libro descende de una familia que fácilmente puede ufanarse de algunos abuelos; y sin embargo ha desempeñado los oficios más humildes sin menoscabo de su imperativo ancestral que le ordena guardar la línea. (p. 14)

Tal concepción de sí mismo autoriza a lanzar una primera apreciación que ayudará a comprender su situación en el mundo: se trata de un sujeto que, dada su historia de vida personal, experimentó una transición sociohistórica que habría que estudiar más a fondo en la historia social de Colombia. Dicha condición le permitió echar mano de aguas de dos mares para definirse, a saber, el paso de una visión aristocrática de la vida –que identifico en la defensa de su linaje de sangre y apellido, primer rasgo característico de su ejercicio de autodefinition– hacia una conciencia más propia del sujeto civil moderno –evidente en su modo de entenderse también como un asalariado-funcionario del sistema que realiza oficios, incluso los más humildes, como cualquier ciudadano–.

La situación, diríase intermedia entre dos mundos y dos formas de autodefinirse, resulta crucial para estudiar y comprender la especificidad de su posición singular dentro del campo intelectual colombiano de principios de siglo XX. Considero que tiene su origen en el modo como él y su familia, de urdimbre liberal, afrontaron las consecuencias de la guerra civil de los Mil Días. De ahí que pueda afirmar, por ejemplo, que el desarrollo de su

conciencia histórica no se supeditó exclusivamente a la impronta pasiva de sus ancestros, sino que también dependió del proceso de reconocimiento paulatino de su propia acción como sujeto civil y en un marco de derechos.

El segundo rastro sobre su familia son sus padres. Fue hijo del “doctor Ramón Manrique Silva, sobresaliente jurisconsulto en el Tribunal Superior del Estado del Tolima, y de Isabel Sánchez Salas, destacada matrona tolimense, descendiente del prócer Fernando Salas” (Bibliografía, 2007, p. 717). Subrayo aquí la filiación política que tenía el papá de Manrique con el partido Liberal. Antes de la guerra civil de los Mil Días, se le consideraba un hombre promisorio del Tolima Grande, destacado especialmente por ocupar puestos influyentes dentro del partido: presidente del Tribunal Superior del Estado del Tolima en 1881, procurador General del Tolima y luego presidente del Estado en 1883 (Moreno, 1995, p. 259). Se trató, pues, de un “patriarca radical oriundo de Garzón-Huila” que agitó las banderas del liberalismo en medio de la pugna entre liberales y conservadores, y que perdió todo tras la guerra civil de los Mil Días.

La pérdida de la guerra y del padre trajo muchos cambios a la familia del escritor: las tierras y sus bienes fueron reducidos a nada y la continua persecución por parte de los nuñistas conllevó que su pasado glorioso se consumiera en la precariedad. Llama la atención la forma en que el escritor comprendió su condición, pues recurrió a dos perspectivas aparentemente contradictorias para interpretarla. Como veremos, tal disyuntiva debe entenderse como parte constitutiva de la axiología de Manrique. Por un lado, explica su acción ante el mundo y su trabajo desde un paradigma civil moderno; tal como él lo dice, es un “burgués sin riquezas materiales” (Manrique, 1937, p. 9) que debe trabajar fuertemente porque no posee capital. En lo que concierne a su familia, conserva una visión aristocrática de la vida: “el autor de este libro desciende de una familia que fácilmente puede ufanarse de algunos abolengos” (Manrique, 1937, p. 14). Aquí encontramos también el orgullo que el escritor tiene de su apellido, pues se precia de un linaje reconocido y glorificado históricamente.

En esa medida, el nivel de conciencia e identificación de clase en Manrique es muy particular, pues en su mentalidad convivían esas dos perspectivas de las que se valió para construir sus intentos de autodefinición: “Yo, por ejemplo, nací en un hogar de casta, cuyo

satánico orgullo rebasaba todos los límites, para pagarlo luego en la más vil pobreza, desempeñando los oficios más humildes. Yo pagué en mi adolescencia el tributo orgulloso de mis antepasados” (Manrique, 1944, p. 30). Por medio de estas palabras, el escritor nos permite ver que la guerra lo desclasó y, a pesar de que no tuvo la fama ni la fortuna de sus padres, sí tuvo que enfrentar su nueva condición trabajando para hacer su título y apellido. Pienso que este intento de autodefinición no fue exclusivo de Manrique.

Como he dicho antes, las pérdidas que dejó la guerra civil fueron incalculables. Incluso, en Manrique se percibe un rencor histórico hacia la degradación a la que se vieron sometidas las familias de tradición liberal, como era la suya. Sin embargo, además de los humanos y materiales, los estragos más grandes se evidenciaron en el ámbito de su vida cultural, pues en él se concretaron los efectos de la consolidación de las políticas regeneracionistas y el comienzo de la era conocida como la hegemonía conservadora. Según Rubén Jaramillo (1998),

a partir de la Regeneración y tras la derrota de los liberales en la Guerra de los Mil Días, se impuso en Colombia una modalidad de gobierno, la hegemonía conservadora, que consideraba imprescindible restaurar el papel hegemónico de la Iglesia en el campo de la educación pública. (p. 108)

A pesar de la derrota, la conciencia de Manrique se determinó, en gran medida, por la tradición familiar, marcada por el programa ideológico del partido Liberal. La aceptación de este legado fue el telón de fondo de varias de sus decisiones, entre ellas, comprometerse con la carrera periodística, regirse dentro de los principios del liberalismo y entenderse como un ciudadano –en el sentido moderno del término–. Así pues, se comprende que la realidad de los intelectuales de principio de siglo, principalmente de los liberales, fue conflictiva, pues ellos cargaron en su espalda la pérdida de la guerra civil de los Mil Días y el consecuente oprobio público. Frente a las condiciones que enmarcaron a los intelectuales de principios de siglo XX, Miguel Ángel Urrego Ardila (2002) plantea que bajo la hegemonía conservadora los tipos predominantes de intelectuales se redujeron en la triada del poeta, el gramático y el abogado, sin olvidar, además, que debían ser católicos y conservadores. “No obstante, el campo cultural no es monolítico, y por ello vemos que en ninguna época ha tenido el intelectual una sola función ni tampoco ha habido un solo tipo de intelectual, aunque evidentemente hay formas que predominan” (pp. 37-82).

De acuerdo a Urrego, Manrique fue un intelectual ligado a los dogmas políticos y religiosos de principios de siglo, pero liberal por convicción. En esta misma línea, Figueroa plantea que “su liberalismo atemperado favoreció muchas veces el pensamiento social cristiano en lo referente a la acumulación de la riqueza, la defensa de la civilidad y la corriente liberal del trabajo, todo lo cual se resiste a la instauración del comunismo internacional” (Figueroa, 2017, p. 10). En esta medida, Manrique hizo gala de una personalidad alterna a la del intelectual promedio: no se pudo escapar de las determinaciones de su época tales como la educación confesional y conservadora, los efectos de la guerra civil y el intento de una modernización industrial, pero presentó una mentalidad dispar a la de sus copartidarios, en la medida que fue un crítico ante los vicios que observó en ellos, lo que hizo de él un librepensador paradigmático en su medio:

Tenía yo la modesta aspiración de una cuestoría, que Alberto [Lleras Camargo] me concedió por encima de veinte mil intrigas. Pero como entonces existían los famosos “micos”, la partija mecánica para los empleados de las cámaras, un representante “opita” entonces sí se acordó de que yo era huilense y de que, por lo menos, existía... como cuestor con doscientos ochenta... [...] El tal representante que tenía sus fichas electorales en el lejano feudo, resolvió –naturalmente sin consentimiento mío– repartir mi sueldo: cincuenta para un “opita” del Hobo, Huila; cincuenta para un fulano que vivía en La Jagua; cincuenta para otra ficha de Oporapa, y a mí, graciosamente, me dejaba cobrar el reto. (Manrique, 1944, pp. 82-83)

Esa corrupción que Manrique percibía en la política y en las formas de pagar favores, era algo que le había tocado de muy de cerca en su experiencia de vida. En este caso, el escritor muestra que dentro del partido Liberal había intereses individuales que pervertían a sus integrantes; incluso fue víctima de intrigas y estratagemas internas. Manrique denuncia esa naturalización de las prebendas y las propone como un objeto obligado de crítica.

Así mismo, Manrique sorteó e hizo patente en su producción intelectual la disyuntiva político-cultural que le supuso vivir entre un Estado confesional y su liberalismo. Para poder comprender mejor este aspecto, resulta conveniente volver a los planteamientos de Rubén Jaramillo, quien señala que la Regeneración dio su estocada final al pensamiento liberal con la censura y la imposición de una educación religiosa:

La Regeneración clausuró el debate ideológico del siglo XIX –en el que se enfrentaron los positivistas y utilitaristas liberales a los conservadores, partidarios irrestrictos de la ideología hispano-católica y de su interpretación ortodoxa por parte

de la Iglesia— al entregar a esta última la dirección y orientación de la educación e instrucción públicas. (1998, p. 39)

En el caso de Manrique, la formación conservadora llegó a través de la escuela pública: cursó los primeros cuatro años del bachillerato en el Colegio Nacional Santa Librada de Neiva, institución de origen liberal cuya dirección, tras la llegada de la Regeneración, fue entregada a los hermanos maristas y los hermanos de la orden de los cristianos, quienes proyectaron un pensamiento religioso católico en sus estudiantes. Posteriormente, terminó su bachillerato en la Normal Superior de Bogotá, en donde obtuvo el grado de institutor (Ríos Osorio, 2005, p. 219). El nuevo currículo regeneracionista posicionó la hegemonía de la Iglesia dentro de la educación pública y, a su vez, les dio el control a los conservadores de adoctrinar a los intelectuales de principio de siglo (Jaramillo, 1998, pp. 97-98).

De lo anterior se colige que la formación de su conciencia confesional estuvo fuertemente cimentada en el pensamiento tradicional de la Iglesia y en un esquema señorial hacendario, hecho que explica que, a lo largo de su vida, rechazara el comunismo, la izquierda y el anticlericalismo. Algunos de estos elementos se convertirían en principios rectores de su pensamiento y le permitirían sustentar su toma de posición contraria frente a la tendencia que empezó a alzarse entre los sectores juveniles de la clase media urbana, “sobre todo iniciándose la tercera década, [a saber,] una curiosidad y un interés crecientes por la causa del socialismo y los desarrollos de la revolución rusa” (Jaramillo, 1998, pp. 137-138). Este hecho lo separó ideológicamente de intelectuales contemporáneos como Luis Tejada, José Mar, José Antonio Osorio Lizarazo, Hernando Téllez o Roberto García Peña, por citar algunos ejemplos. German Arciniegas y Jorge Zalamea Borda. Tal como se ve, Manrique no asumió la tendencia izquierdista del momento; aunque tenía reparos con la forma de ejercer la política de su momento, siempre creyó que el problema era de los sujetos y no de las instituciones, por lo que la llegada de la corriente comunista no representaba una oportunidad, sino, antes bien, el peligro de confundir todavía más a los simpatizantes de la causa liberal.

Con el panorama anterior, se corre el riesgo de pensar que Manrique fue sencillamente un intelectual condicionado económica, política y culturalmente por su época y su contexto. Para sortearlo, es preciso reparar en la posición crítica que adoptó ante la realidad, que lo llevó a reflexionar y, sobre todo, a cuestionar los males culturales y políticos de Colombia. Aunque fue un intelectual formado por la impronta cultural de la



y asumió algunos valores conservadores, no lo hizo pasivamente, sino que supo ponerlos en diálogo con principios ilustrados, modernos y progresistas. Así, con una aguda lucidez crítica, se enfrentó a los fanatismos y la ignorancia de la época, en especial, cuando estos se manifestaron en el seno del partido Liberal, por lo cual nunca tuvo reparos de levantar críticas a sus copartidarios.

A mi juicio, el hecho de que haya desarrollado una mirada del conjunto sin sesgos, se relaciona con su praxis periodística, heredada en buena medida por lo abonado en este campo a lo largo del siglo XIX. Cabe mencionar que el periodista también se inclinó por el ensayismo, pues su objetivo era ilustrar a los ciudadanos. La posibilidad de pararse en la palestra pública en calidad de periodista le permitió expresar su inconformidad ante los totalitarismos que afectaban las democracias en el mundo; aportar a los debates sobre la división interna que atravesó el partido Liberal en los años treinta; manifestar sus preocupaciones por la carencia de un *ethos* moderno, la todavía patente visión feudal y colonial de Colombia en pleno siglo XX, el barbarismo de la guerra –tan contrario a la mentalidad moderna–, entre otros. De algunos de estos asuntos principales me ocuparé a continuación.

1.2 Proyección periodística: un acercamiento al mundo intelectual

Manrique vivió en una sociedad que intentó dar el salto a la modernización técnica con Rafael Núñez y que, según Rubén Jaramillo, tuvo una variedad de vicisitudes; en sus palabras, fue “una modernización en contra de la modernidad” (1998, p. 52). Al respecto, es preciso señalar que, a pesar de los cambios suscitados por la industrialización fomentada por Núñez, no se alcanzó una transformación de la mentalidad, pues, entre otras cosas, el Estado le entregó la educación a la Iglesia, uno de los hechos que de manera más aguda impidió, una vez más, la secularización de la sociedad y del *ethos* cultural en Colombia. Esta es, quizás, una de las consecuencias sociohistóricas más flagrantes de haber dejado el moldeamiento de la ética ciudadana en manos del proyecto de nación de la Regeneración.

Salta a la vista que el proceso de modernización en Colombia tuvo desventajas en comparación con el de Europa, lo que explica el surgimiento de personalidades particulares

que, al igual que las condiciones materiales, no lograron llegar a una modernidad plena, entre ellas, el mismo Manrique. De aquí se desprende que la dimensión axiológica del escritor se haya desarrollado en el debate entre elementos de visiones de mundo tanto aristocráticas como burguesas.

Entendida esta situación, se pueden vislumbrar las razones por la cuales el escritor se decidió por una de las profesiones más liberales de la época: el periodismo. Esta elección de vida permite concebir a Manrique como un sujeto moderno, a pesar de “tener apellidos de abolengo”. Como se dijo más atrás, el escritor comprende que su valía se prueba por su trabajo, mas no por su apellido, lo que acentúa el hecho de que su elección profesional no fue heredada pasivamente de su linaje, sino que hizo parte de sus decisiones personales.

Pese a las condiciones impuestas por la guerra civil de los Mil Días, su arduo trabajo periodístico le permitió inscribirse en la vida intelectual de la Colombia de principios del siglo XX. El reconocimiento que se ganó en el nicho del periodismo colombiano, logrado gracias a su pluma, generó tanto afectos como discrepancias. En el capítulo “El escarabajo escatológico” de *Los Presidenciables* (1944) es posible identificar un ejemplo claro de los sentimientos encontrados que generó su obra:

Señor don Juan Roca Lemus, “El Colombiano”-Medellín. Querido Juancho:

Me cuenta Alberto y veo en “El Colombiano”, que tú haces generosos recuerdos míos y sales a mi defensa cuando uno de esos zascandiles que no faltan le muerden a uno los talones, naturalmente por la espalda.

No conozco ni el periódico ni el personaje que me da ese mordisco con motivo de la aparición de mi libro “Barranquilla y su gente” y apenas sé del caso por el recorte que me mandó Alberto. Para dolor de ese tío, te anuncio que ya está para salir la segunda edición, y que Barranquilla ama a ese libro y lo defiende como cosa propia. (Manrique, 1944, p. 114)

Escoger el periodismo a principios del siglo XX evidencia una decisión problemática, en especial si se tiene en cuenta que el periodismo liberal se enfrentó a las políticas de restricción que la Regeneración le impuso a la prensa. Recordemos que la hegemonía conservadora (1904-1930) regentó un poder muy amplio en la sociedad colombiana, incluyendo los medios de comunicación. La prensa, como principal medio de difusión, representaba una institución conflictiva para el régimen conservador, por lo cual, la pugna

con los liberales degeneró en la censura a través de la Ley Heroica de 1928, que limitó las huelgas, la propaganda de oposición, la agitación política en las fuerzas armadas y, además, impuso por la vía legislativa la censura de prensa (Jaramillo, 1998, p. 14; Orlando, 2020).

No obstante, la prensa, esa fuente de trabajo que tomó como mano de obra a los intelectuales desclasados por la guerra, a pesar de las censuras, tenía un poder social muy codiciado por la élite. En esta media, la lucha por obtener el dominio fue violenta, en especial contra los periódicos liberales, que representaban la oposición (los más reconocidos de la época fueron *El Espectador*, *El Tiempo* y *El Siglo*). Esto explica que Manrique haya quedado en una situación comprometedor dentro de los tejidos de poder, ya que su decisión fue ser periodista y liberal. Frente a estas contingencias, Manrique recuerda:

Van a completarse sesenta años desde que la dinastía de los Canos golpea el yunque de “El Espectador”, que hace más o menos esas fechas fundara ese noble hidalgo que en vida se llamó don Fidel Cano en Medellín. Aquella tribuna ha pasado por todas las contingencias de la vida de un gran periódico. Suspendido unas veces por los gobiernos regeneradores, excomulgado otras, combatiendo siempre, “El Espectador” sigue siendo el refugio de la razón pura, como dijera Kant. (Manrique, 1944, p. 105)

Manrique identifica el ejercicio periodístico de *El Espectador* como un digno ejemplo de la razón, de la ilustración, del pensamiento moderno, a la usanza de Kant. Esto implica que hay un periodismo menos riguroso, poco objetivo, probablemente el conservador, supeditado al dogma, a la regla y antípoda del librepensamiento. A pesar de los problemas generados por el Estado conservador, este periódico es un orgullo para Manrique, pues ha perdurado en el tiempo como fuerza de resistencia a las ideas confesionales, guerreristas y coloniales que acabaron por la fuerza a otras iniciativas que no pudieron tener la suficiente templanza.

En cuanto al periódico *El Tiempo*, más allá de lo laboral, fue un espacio que facilitó el encuentro social e intelectual de los liberales. Esta fue la primera casa periodística a la que se vinculó Manrique para expresar su visión crítica del mundo y presentarla a la palestra pública. Allí inició como corresponsal y poco más adelante se convertiría en miembro del equipo de redacción. Luego trabajó como colaborador de *El Espectador*, *La Razón*, *El Heraldo*, *El Nacional* y *La Prensa*, y, además, publicó artículos y crónicas, como corresponsal, en *La Nación* de Buenos Aires (Bibliografía, 2007, p. 717). Incluso, el trabajo

que desempeñó en estos periódicos lo hizo tan cercano a los directores de *El Tiempo* y *El Espectador* que en el artículo “Eduardo López Pumarejo (un presidenciable impresidenciable)” encontramos la siguiente anécdota:

Estábamos en el imprescindible *consommeé* cuando uno de los criados de rigurosa librea preguntó por el señor Ramón Manrique. Y el señor Manrique, tenido como un pobre diablo en ese instante por mi amigo López Pumarejo, se paró, todo emocionado como ustedes comprenderán, y leyó una carta firmada por Eduardo y Enrique Santos y por Luis Cano –unos “nadies”, como ustedes saben–, carta en que le pedían representara a “El Tiempo” y a “El Espectador” y a ellos personalmente en el banquete, pues se veían imposibilitados para concurrir. (Manrique, 1944, p. 109)

Manrique tenía una posición privilegiada en los periódicos liberales, tanto así que los directores lo veían como alguien digno de representarlos en las reuniones del partido Liberal. Tal parece que esa cercanía que tenía con Cano y con los Santos le dio un valor agregado en los encuentros sociales. Aunque muchas veces fue juzgado por ser un don nadie en la alta sociedad, cosa que lo tenía sin cuidado, ese voto de confianza le permitió incursionar en el medio periodístico y foguearse en ciertos círculos liberales en los que se empezó a sentir cómodo para hablar. Sin embargo, siempre rechazó la hipocresía que se manejaba en estas reuniones sociales, a las que él no les seguía el juego y de las que era profundamente crítico. Por ejemplo, después de leer la carta firmada por Cano y los Santos, muchos empezaron a halagarlo de manera hipócrita, a lo que Manrique respondió: “—No señor, yo no soy doctor. Ni “portero” tampoco, pero sí reportero de periódicos...”. De esta manera, Manrique dignifica su posición y su labor, en medio de un círculo social viciado por las apariencias y los oportunismos.

En consecuencia, la distancia de Manrique ante Eduardo López Pumarejo da cuenta de su rechazo absoluto de la soberbia y la petulancia de la clase alta:

Eduardo López me había visto en la cámara desempeñando mi *cuestoría*. Quizá por eso se sintió fastidiado en tan mala compañía, y oí que le susurró al viejito: “Bien principia la democracia del gran partido liberal, pues ya tiene uno que banquetear con los porteros de la Cámara”. Lo dijo muy quedado, pero lo oí. (Manrique, 2005, p. 109)

La decisión de asumir el periodismo como su opción laboral también puso en evidencia la modernidad del pensamiento de Manrique, en particular, su búsqueda por insertarse a través de su ejercicio en la vida social del país. A mi juicio, su obra periodística da cuenta de un ejercicio intelectual de evaluación de la realidad que surge como respuesta-

reacción vital a los problemas de su contexto histórico inmediato, entre ellos, el debate alrededor del comunismo-fascismo y los totalitarismos –en auge a partir de la segunda década del siglo XX–, el clientelismo político y la coyuntura ideológica y política del partido Liberal de los años cuarenta. Estos debates nacionales e internacionales maduraron en él una postura crítica ante la barbarie guerrerista (guerra civil de los Mil Días, El Bogotazo, la Guerra Fría y la violación de derechos humanos durante el gobierno de Mariano Ospina). Debido a esta afectación, por ejemplo, Manrique juzgó negativamente la “Revolución en marcha” de Alfonso López Pumarejo, ya que vinculaba esa tendencia de los liberales con la izquierda comunista que, a sus ojos, perjudicaba al país.

De su ejercicio periodístico se publicaron los siguientes libros: *Los Presidenciables* (1944), *Barranquilla y su gente* (2.^a edición corregida y aumentada, sin embargo, no hay copias en las bibliotecas nacionales) e *Invasión por el Pacífico* (novela, no hay copias en las bibliotecas nacionales). Posteriormente, publicó un reportaje sobre la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, *A sangre y fuego. El asesinato de Gaitán: un drama que conmovió al mundo* (1948)⁶.

Así mismo, a través de su ejercicio periodístico, Manrique dio cuenta de un desarrollo de la *conciencia histórica* que le permitió *interpretar* y evaluar su realidad al amparo de algunos de los presupuestos de la mentalidad moderna; hablo aquí de un hombre afectado por la realidad de la época, especialmente por el atraso cultural del país, el fanatismo y la constante hostilidad política con los periodistas. A juicio de Gadamer (1993), “somos seres históricos” (p. 58), por ello la *toma de conciencia* de Manrique lo conduce a reflexionar sobre su entorno al mismo tiempo que se pone a sí mismo como objeto de reflexión, lo que Aristóteles llamó “saber-para-sí”.

Lo más interesante para destacar en este punto es que Manrique actuó sobre su mundo con la escritura, pues, a través de ella, se mostró en la escena pública y entró en los debates de la época. El periodismo, más que un oficio llano, sería para Manrique uno de los modos en los que se construyó como sujeto, pues le permitió desarrollar su conciencia histórica. El concepto que tenía de esta profesión era muy alto; para él, debía oscilar entre la ética

⁶ En entrevista para El Espectador en el 2013, Ramón Manrique Focaccio, hijo menor de Ramón Manrique Sánchez, aseguró que el libro fue vetado por Mariano Ospina Pérez, quien intentó evitar su circulación. (Consuegra, 2013)

profesional y la rigurosidad: “Por fuerza y razón de su oficio un periodista que se respete tiene que ser una enciclopedia y un catador experto de todas las debilidades y de las grandezas humanas” (Manrique, 1944, p. 102).

Desde aquí se puede entender el papel que Manrique le da a la rectitud en su trabajo, ejemplo de ello son las implicaciones que tiene el ejercicio periodístico en la disposición del reportero, quien debe prepararse constantemente y lograr conectar con el lector:

Otro buen día le dan en la flor al señor Einstein de inventar su Teoría de la Relatividad y su Teoría del Campo Unificado, y el periodista tiene la obligación de explicarle al público, en palabras cristianas, todo el meollo. Para eso debe romperse la cabeza y quemar muchas velas de sebo en la quietud del campo, estudiando al señor Einstein y la biografía –infancia, vida y milagros– del señor Einstein, y no sólo al señor Einstein sino a sus teorías, que es lo más serio, se los aseguro a ustedes. (Manrique, 1944, p. 102)

La percepción que Manrique tiene del periodismo lo convierte en un intelectual con agudeza y sensibilidad frente la realidad. Esa manera de ver el oficio lo lleva a entender que el periodista debe estar comprometido con el conocimiento, a pesar de que esto implique esfuerzos sobrehumanos. La apuesta de Manrique va más allá de entregar noticias: se justifica en la ciencia, la literatura, la ilustración, el debate y la razón.

Esa responsabilidad ética del periodista-ciudadano, evidente en su concepción del oficio, deviene en preocupaciones e intencionalidades sobre los problemas sociales que afectan existencialmente a Manrique, por ejemplo: el ser un verdadero liberal, el problema del *ethos* cultural colombiano, la modernidad y la premodernidad, los izquierdizantes, el pseudointelectualismo, el Estado premoderno, entre otros. Dicha responsabilidad ética es la que empuja a Manrique hacia una aproximación crítica de la realidad colombiana, lo que le permite cuestionarla y evaluarla desde la escritura, así como tomar posición ante los hechos. Es a través del periodismo que él logra presentarse a Colombia, hacerse a pulso y construirse como intelectual.

Cabe acotar que esa expectativa ética también se manifiesta en lo que espera de los dirigentes del partido Liberal y de los políticos en general. En *Los Presidenciables*, cada perfil de los allí mencionados se construye a partir de dos elementos: le interesan las cualidades intelectuales de los candidatos, pero, todavía más, su dimensión ética. Por ende,

en los artículos que les dedica no solo evalúa su formación académica, sino que busca medir si son probos, transparentes, correctos y coherentes:

Pero veamos quién es Carlos Sanz Santamaría, un presidenciable que no tiene delegados a la Convención, que no se sienta en los comités de barrio, que no conocen los caciques de Somondoco y Sutamarchán, que no figura en intrigas políticas, que no es político, que no sabe cómo se ganan unas elecciones, que no sabe cambiar pesos por cédulas de ciudadanía, que no es manzanillo, que no ha hecho de las Empresas Públicas Municipales un trampolín electoral, que no ha empleado a los barrenderos para manifestaciones truculentas, que no conocen los del Sindicato tranviario, etc., etc., y... bueno que no ha insultado al doctor Laureano Gómez ni calumniado “El Siglo”.

En cambio, Carlos Sanz Santamaría ha resultado un excelente administrador y un admirable constructor. (Manrique, 1944, p. 65)

Vemos con claridad que Manrique es un intérprete de las personalidades que pasan por su lente, pone en primera línea los reconocimientos éticos, antes que los méritos que caracterizan a un individuo en la vida pública. La invitación de ver al presidenciable reside en la evaluación axiológica.

En este punto es preciso anotar que el acercamiento que hago al perfil periodístico de Manrique se basa especialmente en la revisión de su libro *Los presidenciables* (1944), una compilación de columnas publicadas en el diario barranquillero *La Prensa* durante el mes de marzo de 1944. Me detendré, entonces, en él. Estas columnas, de un marcado tono ensayístico, resultan reveladoras, puesto que en ellas presenta su postura ante las incongruencias del partido Liberal como uno de los síntomas del atraso cultural en el que se encontraba Colombia.

En *Los presidenciables*, Manrique presenta como eje central su inquietud sobre las elecciones presidenciales de 1946, después del segundo mandato de Alfonso López Pumarejo⁷. La división política en las filas liberales fue el telón de fondo de los sufragios,

⁷ Según Benjamín Ardila (1990), el primer periodo presidencial de Alfonso López Pumarejo (1934-1938), denominado la Revolución en Marcha, estuvo marcado por una ‘política de no colaboración’ por parte de los conservadores, razón por la cual, los liberales al no tener contra quien pelear, lo hicieron con ellos mismos y el partido se dividió. Otra característica de este primer mandato fueron las reformas progresistas: la reforma constitucional de 1936 y la reforma educativa, que generaron incomodidades en el sector pudiente de la sociedad. En cuanto al segundo mandato (1942-1945), Martha Ardila nos recuerda que este no tuvo la estabilidad del primero, incluso, 1944 fue un año difícil para el exmandatario, pues fue capturado en medio de una conspiración y después su esposa enfermó, por lo cual obtuvo una licencia y se alejó del cargo. En ese

hecho que intranquilizaba e incluso molestaba a Manrique: sobre él se cernía el temor de ver a su partido resquebrajado y devorado entre chacales y le preocupaba que los impulsos personales de algunas personalidades del partido (los doce presidenciables que describe en su libro) pusieran en riesgo las elecciones del 46. Alrededor de ese punto central, encontramos su percepción ética, autorreflexiva y dubitativa de la Primera y Segunda Guerra Mundial, la llegada del comunismo a Colombia y la inexistencia de un *ethos* moderno en Colombia.

Manrique hace evidente en sus columnas que es un liberal comprometido, mas no un fanático: su lectura de la realidad no queda cercenada por las directrices partidistas, sino que, por el contrario, da cuenta de la agudeza de su sentido crítico. Con juicio razonado y un objetivo ilustrador, mostró la división interna de liberalismo –realidad que incluso muchos liberales se negaban a asumir–, así como las corruptelas, el clientelismo y las inclinaciones hacia la izquierda comunista, que, como se dijo, para Manrique resultaban desafortunadas y reprochables. Esas inquietudes del escritor muestran su capacidad visionaria, pues sus miedos se vieron cumplidos con el fin de la hegemonía liberal, el ascenso del conservadurismo con Mariano Ospina Pérez (1946-1950) y posteriormente del ultraconservador Laureano Gómez (1950-1954).

La siguiente cita hace patente la angustia y preocupación del escritor, pero, todavía más importante, pone sobre la mesa un problema de fondo más amplio que deja la inquietante situación del partido Liberal apenas como un pequeño síntoma de un mal mayor: la falta conciencia de la idea de ciudadanía dentro de una república que se dice moderna:

A estas horas cuándo el país se pregunta cuál de los doce o más candidatos que se tienen ellos o están señalados como tales, ha de suceder al doctor Alfonso López, para que le cumpla el cuatrenio de su mandato. Se adivinan voraces eliminatorias, y cada cual coloca aquí y allá sus peones en este tablero de ajedrez de la política. Y se hacen cálculo: que Turbay lo sostienen los Santanderes; que a Gaitán la ‘Jega’ y los sindicatos; que a Ileras Restrepo eso que mal-llaman la Oligarquía; que a Araújo sus amigos; que a Arango Vélez la abatida pero no muerta corriente antirreleccionista, que... en fin... Tal vez la Diva Zahibi o la Diva Cleme⁸ o el Doctor Adonai sepan más que todo el mundo. Sin embargo, “tengo de ir a la Batuecas a ver si comen niños esos señores tragaldabas”. Tengo de ir donde los astrólogos para ver si me entregan para

periodo, Pumarejo estuvo reñido por la oposición, además, el ambiente de la Segunda Guerra Mundial no le fue favorable. Tal inestabilidad conllevó que las elecciones de 1946 las ganaran los conservadores.

⁸ Sibilas o adivinas muy populares en Barranquilla. N. A. [Nota de Manrique en *Los Presidenciables*]

ustedes las llaves de Tharot. Porque nadie escapa ni a la rebatiña ni a los cálculos presagiosos de los arúspices criollos. Ni siquiera mi noble amigo el doctor Eduardo Santos se ha escapado a éstos”. (Manrique, 1944, p. 9)

A partir de este fragmento es posible identificar varios aspectos que nos permiten entender el carácter crítico de Manrique. En primera medida, encontramos una preocupación evidente por las elecciones de 1946, que, vistas de manera minuciosa, trajeron un ambiente de intranquilidad por la falta de seriedad en este ejercicio “democrático”. El periodista distingue que el proceso se desviste de la honorabilidad que debería tener al quedar convertido en una simple carrera o juego de ajedrez, que se gana o se pierde. Aquí reluce, de un lado, la importancia que el periodista le da a la idea de *ciudadano*, baluarte de los procesos democráticos de las sociedades modernas, y, de otro, su angustia al comprobar que los colombianos no cumplen con las características del concepto en términos modernos. Si bien, reconoce que hay hombres ilustrados en nuestra patria, señala que más del “noventiocho porciento” son ignorantes y que, por ende, responderían a una mentalidad premoderna de la vida. En pocas palabras, dichas elecciones se ven manchadas por la irresponsabilidad de los candidatos, algunos corruptos o demagogos, y por los electores, colombianos permeados por el odio y la emoción. De esa manera, la ignorancia tiene una connotación totalmente contraria a las nociones de ciudadanía, democracia y razón, en su criterio, los pilares de unas instituciones sanas y proactivas.

En segunda medida, encontramos que Manrique muestra un evidente compromiso con los problemas del presente a través del periodismo y sus columnas; más importante que el asumido con el partido Liberal, su compromiso ético es con los colombianos. A mi juicio, esta convicción que maduró en él con el tiempo, le permitió ver con claridad la inestabilidad política en la que se encontraba el país. El periodismo le permitió hacerse de una idea amplia de los problemas del país, presentar su visión de mundo e intentar ilustrar a una nación que, poco o nada, tenía argumentos razonados para, por ejemplo, ejercer su derecho al voto. Pocos conocían como él la naturaleza voraz de los candidatos; a pesar de conocerlos y ser cercano a muchos de ellos, no calló la naturaleza del amigo o del copartidario.

Sus juicios, si se quiere pesimistas, no se quedaron en mostrar las incapacidades y ventajas de los candidatos. Su intención, mucho más amplia, fue presentar las condiciones

culturales que impedían salvar al país de la ignorancia de su propio destino, de ahí que la intención crítica de *Los presidenciable* fuese precisamente la de evaluar a los sujetos que iban a conformar las instituciones en las que Manrique creía. Es claro que el escritor aún cree en la política, en el gobierno, en la Iglesia y en la educación. El problema que Manrique identifica es que las instituciones necesitan personas idóneas, rectas moral y éticamente, así como profesionales del ejercicio político, esto es, incapaces de la corrupción y que comprendan y estimulen a la ciudadanía a convertirse en un auténtico cuerpo civil de ciudadanos activos y reflexivos de su realidad.

El periodismo, entonces, pese a la censura, fue la opción que Manrique encontró para buscar garantizar que su voz y la visión liberal del país entrara en el debate público, situando su acción simbólica dentro de los nichos conservadores que dominaban la esfera social del momento. Se trató, pues, de una opción por hacerse un lugar en el campo de tensiones de la opinión pública del país.

Por supuesto, este esfuerzo llevó a Manrique a mostrar deferencia por algunas personalidades del partido liberal, aquellos que, a su juicio, eran buenos ciudadanos o auténticos liberales. En efecto, allí no había lugar para los izquierdizantes. Es de precisar que, para él, el “ser liberal” se estaba malinterpretando debido a los liberales que simpatizaban con la izquierda comunista, pues, a su juicio, estos no representaban los ideales del partido o la ética que debía tener un dirigente. Esta posición lo convierte en una suerte de *cruzado* dentro de su núcleo liberal:

Al ciudadano autor de este libro, compendio de una serie de artículos publicados en el gran diario “La Prensa” de Barranquilla, y algo más que se les ha agregado en este trabajo, no le interesan para nada la política ni los políticos nacionales, ni desea puestos ni sinecuras de ninguna clase, ni es un alzafuelles y quitamotas, como lo ha demostrado cien veces, pero es natural que como colombiano desee el bien de su patria. Y el bien de su tierra lo hacen los buenos ciudadanos, los ciudadanos realizadores como Lleras Restrepo y como Eduardo Santos. Por eso fui santista y sigo siéndolo. Por eso soy llerista y seguiré siéndolo. (p. 26)

Probablemente, Manrique se nombra en tercera persona para mostrarse como parte de la realidad que está observando. Ejemplo de ello es que él conoce de cerca a los candidatos, por ello los presenta con conocimiento de causa, lo que le da un valor agregado a su labor periodística.

El presupuesto conceptual de fondo que no lo hace caer en fanatismos ciegos o preferencias es su preocupación por el razonamiento ilustrado que deberían tener los ciudadanos, de ahí que su deferencia por Santos y Lleras no está jalonada por su amistad o cercanía, sino por lo que ellos, desde su punto de vista, representan: una ética, un proceder, una manera de hacer política que armoniza con su axiología y visión de mundo. Por una parte, Santo, después del primer mandato de López, se caracterizó por una política más moderada, identificada por el lema “La gran pausa”. En cuanto a la López, vemos que no compartía las convicciones de la “Revolución en marcha” y la cercanía de López con los comunistas

No obstante, la afirmación de Manrique sobre su aparente apatía por la política debe explicarse con detenimiento. Si bien es claro que no tiene pretensiones de ser político, ni le interesan las prebendas, esto no hace de él un desinteresado; antes bien, le preocupa profundamente la falsa versión en la que se ha convertido la política, así como la pobre educación sobre la materia del grueso de la población. De ahí que sus intenciones se centren en hablar de ellos, de los juegos de poder y del clientelismo, sin que esto implique que él no crea en las instituciones. Por el contrario, Manrique tiene un concepto muy alto del ejercicio político, de la idea de república y de democracia, instituciones que ve mancilladas por el actuar de algunos particulares. En consonancia con esas expectativas, Manrique se convierte en un escritor que denuncia constante y deliberadamente la premodernidad de los presupuestos éticos e intelectuales de algunos de sus copartidarios y amigos, a través de sus columnas de opinión.

Dispuesto así, entiendo a Manrique como un intelectual profundamente molesto por las malas prácticas de la política, en particular el clientelismo, una falta de ética ciudadana que afecta directamente al Estado. Esta preocupación se puede comprender mejor si se analiza el concepto desde la idea moderna de lo que implica ser un ciudadano, en especial desde el plano ético. A través de Kant podemos entender mejor la naturaleza de las inquietudes de Manrique, pues reconoce que “lo político se debe construir desde lo moral” (Carrillo, 2010, pp. 104-113), en la medida en que se deben subordinar los intereses propios al bien común. Con este diálogo de lo moral en lo político, vemos que Manrique tiene una concepción moderna de la política, entendido esto como su confianza de que las monarquías,

las oligarquías y la aristocracia son incapaces de gobernar adecuadamente. En realidad, el pensamiento político del escritor se fundamenta en los presupuestos de las democracias modernas, esto es, en las que el individuo construye colectivamente.

El concepto de ciudadanía “se trata de que habiendo aprendido a pensar y decidir por sí mismos, todos pueden esforzarse por hacerse aún más libres y mejorar su situación instaurando, con toda libertad, gobiernos liberados de privilegios, y que ejerzan sus funciones a favor de los derechos de todos” (Carrillo, 2010, p. 112). El ejercicio periodístico de Manrique evidencia su preocupación ante la carencia de una mentalidad secular del pueblo colombiano y de una educación política propia de las sociedades civiles. Manrique comprende esa idea de ciudadanía, pero se enfrenta a un cuerpo social que no; por ello, se esmera en educar-ilustrar a través de sus columnas, gesto que enlazará con la búsqueda de conectar de manera cada vez más directa y cercana con sus lectores.

Cabe decir que, para el escritor, el buen ciudadano es aquel que le hace el bien a la patria, no roba y cumple lo que promete, como los que llama los “realizadores” (Santos y Lleras). En un Estado que tiene intereses particulares, que gana para sí, los buenos ciudadanos y candidatos a presidente deben ser sujetos idóneos, que no incurran en la corrupción, que garanticen derechos, que no vayan a suplir sus propios intereses desangrando el erario público y que busquen en los estrados del poder perfeccionar el sistema. Nótese en la siguiente cita cómo Manrique postula su comprensión del *ser ciudadano* en medio de su discusión sobre lo que espera de los presidenciables:

Esto es lo que el ciudadano tipo medio que yo represento, lo que el ciudadano que no grita, ni apedrea, no vocifera, ni tiene derecho a la huelga, ni a los paros de solidaridad pide a los políticos. Realizaciones y no gritos; realizaciones y no “paja” oratoria; realizaciones y no demagogia; realizaciones y no “revolución en marcha”; casas campesinas y no ofertas que nunca se cumplen; escuelas campesinas, y no soliviantamiento de los agricultores con las famosas “Ligas Campesinas”; fomento municipal, y no aleluyas sociabilizoides en cada esquina municipal; salud para el indio y para el campesino, en vez de dejar morir de paludismo a dos mil compatriotas nuestros en la Guajira, por la potísima razón de que estas pobres gentes de la Casta Epinayú y de la Casta Epiayú no dan ni un sólo voto a los electores demagogos... (1944, p. 15)

Manrique se define como un ciudadano común y corriente, eso sí, de esos que no vociferan en las calles contra el *statu quo*, los llamados “izquierdizantes”: él promueve el

debate desde la palestra que le permite el periodismo. La exigencia fundamental que dirige a todos los ciudadanos y candidatos es la acción, entendida como el cumplimiento en pro del derecho, sin que esto incurra sublevar a los desposeídos y aprovecharse de la situación. Para él, la dicotomía entre el que hace y el que habla es irreconciliable, porque a través de la palabra se llega a la demagogia, muy común en épocas electorales y en los adalides de las ideas comunistas.

La ética de Manrique como periodista lo impele a emitir juicios de valor ante la opinión pública sobre el caos que impera en su presente histórico. Además, lo compromete con la labor de ilustrar al colombiano en materia política, para que en un futuro cercano el cuerpo social pueda basar su acción en decisiones racionales y concienzudas. De ahí que su reto sea mostrar al ciudadano probo, al que cumple con características éticas para, en este caso, convertirse en presidente.

Manrique, de forma implícita, señala en sus columnas la endeble educación política de la nación y muestra de que la cultura colombiana, lejos del juicio razonado, se deja llevar por fanatismos emocionales a la hora de valerse como sujetos políticos. Este fue uno de los males culturales de la sociedad colombiana que más le angustió a lo largo de su carrera intelectual.

En otros términos, la función social del periodismo, entendida desde el modo como lo ejerció Manrique, sería de carácter civilizador y ciertamente ligada al proyecto moderno de ilustrar. A mi juicio, el escritor se comprometió a convertir sus columnas en una invitación para sus lectores a salir de la ignorancia, pues el estado cultural del país estaba todavía arraigado en el conservadurismo colonial. En la siguiente afirmación, por ejemplo, el escritor se declara como el profesor de las masas: “Pero, líbreme Dios a mí –abanderado y profesor de la enseñanza para las clases humildes– de la sospecha aleve de estar exaltando a la ignorancia” (Manrique, 1944, p. 29). Manrique aspira a erigirse en un faro ilustrador de la sociedad y principalmente de los adeptos al partido Liberal. A ellos presenta y sustenta su escepticismo sobre los izquierdizantes, quienes serían la expresión de una tendencia política dominada por el fanatismo y la irracionalidad. Ese compromiso consigo mismo y con el país

es un hecho que acentúa la necesidad de comprender su labor periodística como eje esencial de su perfil intelectual.

Esta preocupación que identifico de manera patente en Manrique por ilustrar al colombiano de a pie a través de su ejercicio periodístico, en especial, en lo tocante a la materia política y al estado cultural de la nación, fue, como se sabe, una de las funciones principales de los periódicos en el siglo XIX (Castillo, 2019, p. 11). Esta lectura de la realidad conllevó que Manrique identificara la necesidad latente de formar a sus lectores (quienes en su mayoría no habían alcanzado el desarrollo pleno de la mentalidad moderna). En este sentido, este hecho autoriza a enmarcar el ejercicio periodístico de Manrique como parte del proyecto ilustrado de las sociedades modernas.

En correlación con los periódicos del siglo XIX, encontramos que Manrique también recurre al ensayo como medio para presentar sus reflexiones acerca de los problemas de la nación y como expresión de sus ideas, alineadas con el pensamiento moderno ilustrado. Esto se debe a que Manrique se inserta en una tradición en la que los periódicos y el ensayismo se vinculan de manera estrecha y en una relación de necesidad: en esencia, los periódicos fueron el medio principal en el que se publicaron los ensayos a lo largo del siglo XIX. En esa medida, comprendo la obra periodística de Manrique como una continuación de esta forma de ensayismo que, lejos de ser una suerte de moda, se trata del *modo-de-ser* propio de este género en el país (Castillo, 2017, p. 65).

Según Guillermo Castillo, “nuestra historia del periodismo, entendido su ejercicio como un ejemplo más dentro de la constelación de prácticas culturales ilustradas, inicia su vida en nuestra nación de la mano del ensayo como su forma de expresión privilegiada” (2017, p. 45). Dicha historia del periodismo, que comenzara desde el siglo XIX, se extiende hasta el siglo XX y se prolonga también en el quehacer periodístico de Manrique, especialmente en *Los presidenciables*, libro que contiene, más que artículos de prensa, auténticos ensayos. Sin embargo, **¿qué rasgos tienen los escritos de Manrique para que se les pueda catalogar como ensayos?** Primero que todo, tienen un carácter crítico; al hablar de los perfiles presidenciales, presenta la visión del tipo de político probo y digno de estar en los cargos de dirección, de ahí que constantemente cuestione a los demagogos y rescate a los

“realizadores”, tal como aparece en el siguiente par de citas, la primera del artículo sobre Jorge Eliecer Gaitán y la segunda sobre Eduardo Santos:

Sin embargo, Gaitán está derivando hacia la oratoria de artificio y circunstancias, y como estos recursos ya son artificios como las lágrimas de López, resulta que a la oratoria de Gaitán ya no le asiste la clámide de su sinceridad.

Por ejemplo, aquí le capté por radio uno de esos artificios. Decía: “... porque los héroes de Stalingrado no eran analfabetos!” Mentira. (1944, p. 29)

Si Eduardo Santos, que no es orador, sale por pueblos y ciudades refiriéndose a la gente la realidad de sus dos mil casas campesinas y de las dos mil escuelas y cientos de acueductos construídos evidentemente por él, la gente no se conmueve tánto como

–por ejemplo- con las lágrimas circunstanciales de Don Alfonso López. (1944, pp. 28-29)

Desde un punto de vista muy personal, Manrique evalúa la clase política colombiana y la democracia. Su objetivo es diferenciar a los dirigentes políticos y sus formas de actuar en política, con lo que lleva este debate a la escena pública desde la crítica. Pone en la palestra al artificioso (las lágrimas y la falsa oratoria), mientras que defiende al que evidencia con hechos sus promesas. En esta medida, el perfil político de Gaitán le resulta cuestionable, falso y engañoso, mientras que el de Eduardo Santos le parece auténtico y verdadero. La conclusión de Manrique es que nuestro país no dará un salto al cambio porque los colombianos se dejan persuadir por los artificios, más que por los hechos, por lo cual, la responsabilidad política es de dos vías: elector y candidato.

Con las dos citas anteriores se puede evidenciar la postura crítica de Manrique frente a los perfiles políticos del momento y destacar que su incomodidad ante la falsa democracia y su preocupación por el futuro de Colombia se plantea en clave ensayística. Respecto al ensayo, Bense plantea que este “surge del carácter crítico de nuestro espíritu, cuya complacencia en el experimentar es sencillamente una necesidad propia de su índole, de su método. Más aún: el ensayo es la forma de la categoría crítica de nuestro espíritu” (Bense, 2004, p. 27). De los artículos de *Los presidenciables* destaca sobre todo el ánimo de experimentar con sus ideas, de examinar, sopesar, juzgar y opinar sobre la realidad. No se trata de textos cuyo interés se agota en el plano instrumental de ser medios informativos. Antes bien, en ellos sobresale el espíritu reflexivo, crítico, dubitativo, propositivo y problematizador, propio del ensayista. Así mismo, los ensayos de *Los presidenciables* se

caracterizan también por el hecho de darle protagonismo a la experiencia vital del escritor y a sus reacciones anímicas. Esto las emparenta con la dimensión agónica y fenoménica del ensayo, más que con la intención referencial-informativa.

Ahora bien, para continuar con la preocupación de Manrique enunciada con anterioridad, es importante ver que, a pesar de la marcada deferencia por los liberales de élite, no se dedicó a hablarles exclusivamente a ellos, sino que se interesó por alcanzar, con un estilo popular, refranero, sencillo e irónico, propio de las capas más amplias de la sociedad, a un grupo más extenso de lectores. Este interés de ilustrar al colombiano de a pie, lo relaciono con el planteamiento de Kant sobre el *sano entendimiento*:

Según Kant, hay tres máximas (para entender el sano entendimiento): 1. Pensar por uno mismo, lo que implica tener capacidad para deshacerse de prejuicios y supersticiones. 2. Ponerse en el lugar de los otros, es decir, ser capaces de juicios amplios de miras y desinteresados en lugar de juicios miopes e interesados. 3. Pensar siempre de acuerdo con uno mismo, es decir, ser consecuente con lo que pensamos. Un sano entendimiento se correspondería con la idea de una razón ilustrada, de ahí que ilustración sea la liberación del ser humano de su culpable incapacidad para pensar por sí mismo y sin la guía de otros. (Carrillo, 2010, p. 118)

En aras de brindarle lo que sería un *sano entendimiento* al colombiano, Manrique recurre a un lenguaje popular y sencillo para tocar los temas más serios y problemáticos de su presente histórico. Por ejemplo, él le aclara al pueblo los tejemanejes de la política que permanecen oscuros para el ciudadano de a pie. Esto explicaría su opción estilística por un lenguaje sencillo y popular. Así mismo, Manrique también reconoce la carencia de un *ethos* cultural moderno en Colombia, hecho que lo lleva a plantear lo siguiente:

Si en países de una cultura multiseccular como los de Europa, la oratoria tiene un poder de avasalladora fascinación, con mucho mayor razón la ejerce en países donde, como en Colombia, esa cultura está a un nivel vegetal. Y no se me venga con la monserga aquella de la Atenas de América; y con la mentira convencional de que “ocupamos un puesto de avanzada en los cuadros culturales de América”, pues lo que ocurre es que, evidentemente, tenemos una minoría selectísima de intelectuales, (oradores, prosistas, pensadores, pintores, poetas, etc.), que con el esplendor de su ropaje espiritual cubre la desnudez virginal de un noventa y ocho por ciento de la humanidad colombiana. Eso explica el triunfo: en poesía, de los piedracielistas; en literatura general, de los citómanos que escriben en "Silvio" y tren de los cabellos a Paul Valery para hablar de Hobo (Huila), o de Betéiva y Cómbita (Boyacá); de los "snobs" que sin saber ni miaja de francés llenaron el Teatro de Colón en Bogotá para ver gesticular a Jouvét, sin entender a Jouvét, pero para poder luego epatar a la galería con Jouvét... (p. 27)

El fragmento anterior, tomado de la columna titulada “Jorge Eliecer Gaitán (El orador)”, pone en el centro de la discusión la realidad intelectual del país, amparada en la idea del siglo XIX de que Bogotá era la Atenas de sudamericana; en otras palabras, un paradigma de la civilización. Como se ve, su evaluación no puede ser más contraria: a este mito le antepone la realidad de una cultura incipiente (Urrego, 2002). La falta de un desarrollo cultural propio de las sociedades modernas es un mal que se profundiza cuando se cree en la mentira de una Colombia a la vanguardia, pues Manrique reconoce que aún somos una suerte de provincia. La pobreza cultural y la incapacidad de ir más allá de lo que dicen los “pseudointelectuales” devienen en los argumentos que fundamentan su denuncia del arribismo, cuyo fin es desmitificar las mentiras con las que se han disimulado las carencias culturales de Colombia. Manrique renuncia al eufemismo para presentar la realidad sin miramientos.

Por su puesto, las anotaciones anteriores hacen patente la marcada visión eurocéntrica de la cultura de Manrique, quien reconoce en ese continente los múltiples procesos de secularización que en América Latina no se llevaron a cabo. En esa medida, no es raro que los intelectuales formados durante la Regeneración vean como la más alta expresión de la cultura literaria a los piedracielistas o los vanguardistas. Según el escritor, lo que le falta a Colombia es culminar por lo menos un proceso de secularización y modernización del *ethos cultural* y así librarse de algunos “ídolos del foro”, como los llamara en su momento el ensayista Carlos Arturo Torres. El juicio estético que Manrique nos presenta hacia el final del fragmento, le imprime a la columna un tono crítico que se enfrenta al arribismo pseudoburgués, al hombre que quiere aparentar un buen gusto literario, pero que finalmente no va más allá de lo local.

La ironía de presentar al 2 % de colombianos como los intelectuales que deben pensar por el 98 % restante, se acentúa al apelar a la expresión “desnudez virginal”, que se interpreta en el sentido de la ignorancia del pueblo colombiano. El atraso cultural es también intelectual y artístico; por ello, Manrique tiene una postura crítica ante la literatura colombiana. A sus ojos, el triunfo de ciertos grupos se corresponde con los pocos intelectuales que tiene el país: algunos de ellos solo hacen apología para aparentar el buen gusto literario o musical, sin entender en realidad mucho del panorama literario.

Cabe decir a esta altura que el problema cultural de un *ethos* no secularizado y de una sociedad con actitud conservadora de la vida y reacia a la crítica permite explicar y comprender mejor las elecciones formales y estilísticas de Manrique. Con ayuda de su estilo, el periodista asume una postura que se enfrenta a una sociedad desigual y que busca mediar entre las élites y los trabajadores. En consecuencia, se puede encontrar en sus escritos un tono sencillo, irónico y humorístico, lo que le trajo la admiración de muchos, especialmente en Barranquilla. Al respecto, Camilo Martínez, amigo muy cercano de Manrique, relata:

lo cierto es que uno oía los comentarios en el café, en la peluquería, en el hogar, en el mercado y en la fábrica, de labios del industrial o potentado, del lustrabotas, del comerciante, de la señora, de la criada, etc., lo que prueba la universalidad alcanzada por el estilo de Manrique y la ganancia positiva que hizo atrayéndose la atención y admiración públicas.

Esto es explicable si se tiene en cuenta que el estilo de Ramón Manrique es de una sencillez y amenidad tan apasionantes, que los temas más delicados son sacados a flote sin perjuicio de la sustancia principal. (1944, p. 4)

Esta cita muestra que Manrique tenía contertulios que lo admiraban y reconocían por la capacidad de influir en la opinión pública, a pesar de que los temas tratados fuesen delicados. Es ahí que la conciencia de su estilo deliberadamente sencillo e irónico, se filtra en el título del libro *Los Presidenciables*: los candidatos no eran más que aquellos con la posibilidad de llegar a convertirse en el próximo presidente, pero de esa variedad, muy pocos estaban preparados para asumir el reto histórico.

Así como Manrique fue admirado por muchos intelectuales, también fue criticado por quienes no veían de manera positiva su estilo y su forma de simplificar temas complejos de la filosofía o la realidad del país en su escritura. Camilo Martínez apunta en el prólogo:

Alguien le hizo el cargo a Manrique en un café, de que era muy prolijo en la explicación de ciertas citas o de ciertas sentencias filosóficas, como si juzgara al lector demasiado mal informado en cuestiones de alta cultura. Fue entonces cuando escuchamos lo siguiente. “Yo sé, mi querido amigo, que no estoy escribiendo solamente para don Rafael Obregón, para Amira de la Rosa, para Juan B. Fernández, para Carlos y Antonio Martínez Aparicio, para Camilo o para ti. Yo sé que me deben leer y entender también, mis queridos amigos Marco Antonio Giraldo Pineda, lustrabotas de “La Cigarra”, don Braulio Martínez, Eduardo Santos (no es el doctor Santos, hay que advertirlo), José J. Villegas, el paisano Latorre, el “Platinao” y otros choferes de la plaza; Rosita, la que tiene un puesto de cigarrillos junto a la Lunchería, mi peluquero, mi sastre, mi cochero, las dos “mellas” que venden lotería –Luz y Soledad- el boticario de la esquina, Aranda el vendedor de periódicos y tantos otros

amigos nobles y buenos, **que por el solo hecho de ser humildes en sus oficios son mis mejores amigos.** Con que ya ves... así soy yo..." (1944, pp. 4-5)

Esta anécdota nos muestra a un Manrique con una clara idea del público al que aspira llegar y de sus elecciones formales. Nunca dejó estos factores al azar. Por ello, el pacto de lectura que le propuso a sus amigos "nobles y buenos", es decir, a los que realizan los oficios más humildes, se basó en la abolición de jerarquías: tanto el emisor como el receptor manejarían los mismos códigos; de no ser así, el emisor se compromete a explicar en términos más claros o jocosos lo que quiere decir. Manrique se preocupa por instruir a los ciudadanos que hacen parte de las capas populares de la sociedad y así forjar una opinión ilustrada en el colombiano promedio.

En este sentido, se comprende la decisión estilística de emplear la ironía y el humor como recurso retórico en su escritura periodística. Cabría preguntarse **¿qué intereses o motivaciones llevaron a Manrique hacia esta elección formal?, ¿por qué hacer una revisión del mundo desde la perspectiva de la ironía y del humor?** Quizá la respuesta se encuentre en que el humor y la ironía le facilitaron transgredir fronteras creadas en la tradición conservadora, en lo que se refiere a costumbres, lenguaje y periodismo. A continuación, tenemos un fragmento que exhibe el tono humorístico e irónico del periodista.

Usted, lector o lectora, ve en Bogotá, o en Medellín, o en Barranquilla, o en Pasto, o en Neiva jóvenes que usan reloj-pulsera y dicen *okay*; y jovencitas que se pintan los labios y esperan concurrir al "five o'clock tea"; o filipichines que hablan de "glamour" y del "sex appeal", que solo digieren las novelas de Vargas Vila o del señor don Arturo Suárez. Este es el noventiocho por ciento de los colombianos, y sobre este noventiocho por ciento ejercen los oradores su agostadora tiranía. (p. 28)

Se observa que en su trabajo periodístico sobresale una intención irónica, pues su objetivo era mostrar que Colombia es un país de paradojas y contradicciones evidentes, de las que él mismo es un ejemplo claro. En este caso, la ironía se centra en la contradicción generada por la ignorancia y la apariencias de una alta cultura. Por una parte, están los jóvenes de la periferia que encarnan las desventajas sociales y educativas de la nación, por otra, están los jóvenes del centro que tienen ventajas en su educación, pero se quedan en el snobismo y no son garantía del desarrollo de una mentalidad ilustrada y moderna. Por esta razón, Manrique les da el apelativo de "filipichines" y los encierra en ese 98% que sucumbe a los artificios.

Para lograr ese tono humorístico, Manrique implica directamente al lector; ese proceder discursivo suaviza la crítica a una clase social que cree tener un bagaje cultural hegemónico, pero vive bajo la mentalidad pueblerina y apela al arribismo y la apariencia para disimular la ignorancia, la cual se extrapola al gusto literario. A mi parecer, el escritor demerita las novelas sentimentales e inmorales de la época. En Vargas Vila desprecia la distancia que tiene de la normalidad moral, y aunque es un liberal, eso no lo rescata. Quizá Manrique considera que su obra era decadente y con muchos excesos verbales; tal vez lo criticó porque era incendiario, “poeta, periodista de escándalo, pornógrafo y propagandista político, según plantea Riquer y Valverde (1997, p. 167). En cuanto a Arturo Suárez Dennis ve la antípoda, pues considera que no hay una propuesta ideológica, crítica y estética que diferencie su obra, quizá también por la desestimación de las mujeres como público lector, su más amplio nicho de venta.

Esta lógica con la que Manrique presenta la realidad colombiana permite mostrar la incongruencia: desde el absurdo se ríe y hacer reír. El humor, expresado en el principio de la risa, no es censurable y cala más en las capas sociales populares, pues tal como lo planteara Bajtín (2003), la risa se opone a la cultura oficial, al tono serio y religioso, al dogma, al *status quo* (p. 4), por lo cual Manrique acude a ese principio, que es del pueblo, para abolir la jerarquía entre gobernantes y gobernados y desde ahí criticarlos. A mi parecer, Manrique considera que la risa es la mejor forma de generar conciencia en el lector, el pueblo, el ciudadano.

En esa medida, su renuncia al tono formal, diríase, a la lengua hegemónica, se puede entender como un abandono del tipo de periodismo de la época que le dio la espalda a los problemas reales del país. Por supuesto, en este concepto no entran periódicos como *El tiempo* o *El Espectador* que, a su juicio, representaban el pensamiento crítico y la razón. Es claro que lo hace desde la ironía porque, a partir de la ignorancia fingida, puede reconstruir la realidad de una manera perspicaz y apelar al sentido común o a la experiencia intuitiva de los colombianos (a la indirecta, a lo implícito, a eso que muchos saben, pero callan). Aclaro que esta práctica no fue exclusiva de Manrique, más bien, se puede decir esta lo inscribe en la tradición de ironistas colombianos de la que hacen parte Soto Borda, Carlos Arturo Torres y el mismo Hernando Téllez.

Adicionalmente, Manrique no atropella a las personas que menciona en sus columnas ni cae en falacias *ad hominem*. Estratégicamente, apela al humor y la ironía, elementos que sugieren que, para él, su independencia intelectual en el marco de su ejercicio periodístico está por encima de sus afectos de partido. Esto le permite incluso pararse frente a sus copartidarios en perspectiva crítica para señalar los problemas que debilitan al partido Liberal de la época; es decir, su opción política no nubla su juicio razonado.

Así las cosas, el impacto de Manrique en la opinión pública es evidente. Parte de su éxito se debe a ese estilo voluntariamente popular que le permitió ser leído por muchas personas. En Barranquilla causó mucha sensación con sus columnas sobre los presidenciables: “su estilo realmente fulgurante, fue lo que apasionó la atención del público en forma que raras veces se había visto en un periódico de Barranquilla, y tal vez de Colombia” (Martínez, 1944, p. 4). Además, Martínez lo presenta como un periodista-humorista-filósofo “digno de Eca de Queiroz o de Bernard Shaw”, que logra “la universalidad”, por la que “todo el mundo lo entiende y todo el mundo quiere leerlo” y, sobre todo, lo reconoce como un periodista imparcial (1944, p. 5).

El balance del trabajo periodístico de Manrique también implica los círculos políticos, intelectuales y laborales que aportaron en la consolidación de sus posturas, tanto de forma como de toma de posición. El grupo que le permitió enmarcarse dentro de las esferas sociales, políticas, laborales e intelectuales fue, como se dijo, la casa editorial de *El Tiempo*, a la cabeza de Enrique Santos Montejó, quien lo llamó para que hiciera parte de su empresa (esta mención aparece en los *Presidenciables*). Además, fue colega de Hernando Téllez, Adel López Gómez, Ángel Jaramillo y Roberto García Peña, con quienes compartió y debatió en calidad de cronista. En cuanto su nicho político, se sabe que era cercano a los Santos y los Lleras, incluso, en sus columnas cuenta anécdotas personales con ellos, lo que indica que su cercanía iba más allá de lo político. La proyección social en los grupos intelectuales muestra una cercanía especial con Maximiliano Grillo y Germán Arciniegas, quienes escribieron los prólogos del reportaje *A sangre y fuego*. En este fragmento encontramos a las personas más cercanas al periodista, consideradas por él mismo como amigos y paladines:

Fuera de que, mi querido Juancho, no hay sitio poblado o impoblado de la república en donde yo no tenga un amigo, y en las grandes urbes son los periodistas mis

paladines, mis hermanos... Si van a Medellín los denigradores, por allí se topan con un Fernando Gómez Martínez, con un Juancho Roca, con un Londoño Martínez y con tantos otros; si van a Cali, con Pepe Alvarez Dorsonville, con lo Zawadskys, con muchos más; si a Pereira, con Emilio Correa Uribe, ese admirable director del admirable "Diario"; si a Bogotá, con Eduardo y Enrique Santos, con Luis y Gabriel Cano, con Vives Guerra, con Ximénez, con Eduardo Zalamea Borda, con Juan Lozano y..., para qué mentar más querido Juancho, pues si hasta en el Hobo-Huila tengo defensores. (Manrique, 1944, p. 114)

En resumen, en estas columnas es posible identificar los elementos que preocuparon al Manrique periodista y que también influyeron sus novelas y ensayos, tal como se verá en los siguientes apartados.

Como se vio en este apartado, la faceta como periodista fue fundamental para Manrique porque le permitió tener una comprensión amplia de la situación colombiana, los problemas culturales, la modernización y la situación política del país ante la comunidad internacional. Esta fue su fase de maduración y crecimiento intelectual. Gracias a ella desarrolló una actitud interpretativa de la realidad, pues no solo se dedicó a informar, pues su función principal fue opinar y representar el punto de vista de una colectividad de mirada liberal y preocupada por el futuro cercano del país. Desde este perfil se pudo ver que Manrique respondió a un proyecto de nación liberal, incluso cuando algunos de los mismos liberales no respondían a ideales colectivos sino personales. De la misma manera, Manrique asumió la responsabilidad de erigirse como ciudadano informado, capaz de pensar por sí mismo, dentro de dicho proyecto de nación, por lo que practicó un periodismo para todo tipo de público.

1.3 Ramón Manrique Sánchez ante el problema de la profesionalización del escritor en Colombia

El caso de Manrique exige pensar su producción a la luz de los fenómenos literarios en Colombia durante principios del siglo XX. Por eso, conocer ese perfil del periodista consagrado a las columnas y crónicas, que tuvo un fructífero trabajo en la prensa, resulta clave en la comprensión de su proyección como intelectual. La estabilidad económica y social ganada con su labor periodística lo acercó a círculos intelectuales y políticos que, de otra manera, no hubiese podido conocer a profundidad. En esa medida, de su proyección social devino la literaria. Esta se dio con posterioridad no porque no le interesara, sino porque el *campo literario* no tenía autonomía en la época y no era suficiente con simplemente desear

ser escritor, pues había condicionantes que limitaban los posibles alcances de tal vocación. Por tal razón, tenemos como fenómeno nacional a una variedad de escritores colombianos que se enfrentaron a diversos problemas para profesionalizarse, entre los que la inexistencia de una *institución literaria* (Dubois, 2014, pp. 37-38) nacional sería el mayor de todos.

A decir verdad, Manrique no se profesionalizó cabalmente como escritor en el campo cultural colombiano. Que lo anterior no sea leído con una connotación negativa, pues esa fue la realidad de la mayoría de escritores colombianos de principios de siglo XX. Se trató de uno más de los escritores de medio tiempo cuya labor periodística y artística abrió el camino para la paulatina autonomización de este campo cultural en Colombia

Con el fin de aclarar el papel de Manrique en el proceso de consolidación de la *institución literaria* en Colombia, resulta clave examinar la teoría de los campos de producción cultural de Bourdieu (2003). Esta aporta algunas herramientas para analizar las relaciones y luchas de poder que ejercen los agentes sociales en la apropiación de formas específicas de capital (simbólico, económico, etc.). De las ideas del sociólogo francés retengo la existencia de diferentes campos dentro de la actividad humana. Los campos, cualquiera que sea su naturaleza, responden a un proceso histórico de autonomización:

Recordar que el campo intelectual como sistema autónomo o que pretende la autonomía, es el producto de un proceso histórico de autonomización y de diferenciación interna, es legitimar la autonomización metodológica que permite la investigación de la lógica específica de las relaciones que establecen en el seno de este sistema y lo integran como tal. (pp. 20-21)

Dicho proceso, para el caso de la vida literaria en Colombia, se desarrolló con lentitud debido especialmente a las condiciones sociales y de guerras civiles que se vivieron durante el siglo XIX. Las urgencias de una nación sometida a la zozobra de las guerras intestinas están muy lejos de considerar como prioritarias las necesidades propias del desarrollo cultural de la población. Por eso, ese sistema no llegó a “consolidar sus propias leyes” (p. 14) ni a lograr su autonomía durante la vida de Manrique. Es también de observar que durante la época no existían muchas instancias de consagración literarias ni agentes independientes, por lo cual la producción intelectual y literaria no se podía liberar de la influencia de las demás instituciones (la religión, el Estado, la política). Dicho de otro modo, ese campo apenas estaba en un estado basal en lo que concierne al establecimiento y sanción de las relaciones entre

los agentes del sistema de producción artística, lo que limitó la carrera de muchos escritores durante la primera mitad del siglo XX. Uno de los pocos que consiguió el ideal de vivir de las letras y del oficio crítico fue el ensayista Baldomero Sanín Cano (1861-1957), pero él resulta más bien la excepción a la regla del momento.

El diálogo que Jacques Dubois (2014) sostiene con Bourdieu (2003) alrededor de la noción de *institución literaria* me ayuda a explicar las circunstancias que condicionaron la trayectoria de Manrique como escritor. Durante las primeras décadas del siglo XX, la vida literaria colombiana aún no se había organizado autónomamente, aunque ya cumplía funciones como *sistema socializador* y *aparato ideológico* desde el siglo XIX. Dicho proceso estaba en mora, en especial, porque las condiciones de desigualdad social provocadas por la pobreza y las guerras civiles del XIX significaron un lastre para el desarrollo cultural de la nación, así como de las instituciones sociales que lo respaldarían. Si se puede hablar de un avance, este sería que los gobiernos, a partir de la década del treinta, empezaron a preocuparse por la modernización técnica del país. En todo caso, el crecimiento económico no se correspondió con el cultural, pues la inversión en este último fue limitada.

Para principios de siglo XX, la industria y el comercio del libro era muy escasa (apenas existieron iniciativas privadas como Editorial Kelly o colecciones que sacaban las bibliotecas públicas); el público y las prácticas de consumo eran casi de dominio exclusivo de la élite; la difusión y los circuitos de distribución no alcanzaban todas las capas sociales; las instancias de recepción y legitimación no estaban organizadas (por ejemplo, *Revista de América*, suplemento literario de los periódicos nacionales). En síntesis, durante el periodo no existió una *institución literaria* organizada y autónoma, pues no se contaba con todos los engranajes necesarios para que funcionara, como sí lo había hecho en Europa desde el siglo XVIII. En este orden de ideas, Manrique no tuvo la opción de profesionalizarse como escritor: a pesar de ser un autor reeditado y leído en Colombia en la primera mitad del siglo XX, no llegó a ser consagrado por las autoridades literarias de la época, hecho que explica en buena medida su desconocimiento en el presente y las pocas pistas que tenemos sobre su recepción.

Tal es el caso de Manrique, “pues muchos grandes escritores del pasado y del presente han comenzado a surgir en las letras gracias a sus escritos dentro del periodismo. Prueba de

esto son los casos de Rufino José Cuervo, Jorge Isaacs, Gabriel García Márquez, Germán Castro Caycedo, Héctor Abad Faciolince, entre otros” (*El periodismo en Colombia*, s.f.). Tras entender este fenómeno nacional, se hace claro que la constitución de Manrique como escritor se vio constreñida por esas carencias institucionales. En consecuencia, su propuesta literaria tuvo dificultades, sobre todo, a nivel de su recepción tanto especializada como popular. Sin más oportunidad, su labor periodística lo condenó a un reconocimiento inmediato, pero no al de la posteridad.

A pesar de que no contó con garantías económicas o sociales para profesionalizarse como escritor, se caracterizó por tener una producción textual amplia; no se convirtió en parte de la élite literaria, pero se integró a la productividad editorial durante 18 años (1937-1955) de manera consecutiva. Sin bien la práctica periodística estuvo vinculada a la ensayística durante el siglo XIX, Manrique la continuó, pero no se quedó en ese ejercicio, pues concibió uno de largo alcance que vio la luz en 1937: su ensayo político-literario *Bajo el signo de la hoz. La conjura del comunismo en Colombia*. La elección de del ensayo como género para exponer su posición ante los debates políticos es otro de los rasgos que habla de la modernidad del perfil intelectual del escritor.

Pese al panorama agreste para el oficio de los escritores, vemos que Manrique optó por desarrollar su producción literaria, en la que sobresalen ensayos y novelas, como una apuesta personal, pues no tenía compromisos institucionales o partidarios que le ayudaran en su proceso. A pesar de las dificultades, sorteadas en un primer momento con su ensayo, publicó *La Venturosa* en 1947. Esta novela, por lo menos, tuvo comentarios y reseñas⁹, sin embargo, en general ha pasado desapercibida para la historiografía literaria. La segunda y última novela que publicó fue *Los días del terror* (1955), que pasó con un menor reconocimiento que la primera. Llama la atención que en esta novela también se encuentre la ironía como estrategia discursiva para parodiar la situación crítica del momento: los abusos de Mariano Ospina Pérez,

⁹ No con esto desconozco el trabajo de algunos críticos literarios tales como Benhur Sánchez Suárez (1987), Antonio Curcio Altamar (1957), Félix Ramiro Lozada (2005) y (2007), Luis Flórez (1947) y un artículo sin autor de la Revista de América, Lasso, Forero & Silva (2008), Carmen Elisa Acosta (2014), Jorge Alirio Ríos Osorio (2005), quienes se enfocaron en presentar reseñas o nombraron la novela *La Venturosa* como un aporte a la literatura colombiana, sin embargo, nunca se ha profundizado en su estudio.

Vale la pena hacer un comentario general sobre los problemas latentes en la obra de Manrique, evidencia de su compromiso con la realidad. En su producción periodística es clara la vinculación con la realidad social del país y su postura política; muestra de esto la encontramos en artículos como “Godos y rojos” de la sección Punto y Coma, compilado en el libro *Los presidenciables*. Aquí Manrique plantea que la pugna bipartidista dejó como resultado “una centuria de atraso en todos los órdenes de las actividades civilizadas” (Manrique, 1944, p. 68). De igual manera, muestra que tanto liberales como conservadores “rezan, confiesan y comulgan todos en los mismos altares” (Manrique, 1944, p. 68). Este mismo problema será protagonista en su obra narrativa, pues *La Venturosa* tiene como eje central la guerra civil de los Mil Días, en donde liberales y conservadores se encuentran entre una línea fina, que nos permite encontrar diferencias pasionales, más no ideológicas, raciales, culturales o intelectuales. Tanto en la narrativa como en lo periodístico y lo ensayístico, se evidencia un amplio conocimiento de la historia, una de sus grandes pasiones. Luego publicaría obras con títulos similares a *Cartagena y su gente*, en donde dio cuenta de las personas que marcaron historia en dicha ciudad.

Con este comentario podemos entender *grosso modo* que Manrique consideró la escritura como una actividad rigurosa, que le permitió expresar sus posturas políticas, estéticas, literarias e históricas sobre los hechos que lo afectaban como individuo. La decisión de Manrique de elegir las formas artísticas para presentar sus ideas, denota que veía en ellas posibilidades de expresión que los géneros periodísticos o históricos no tenían, se puede decir que en ellas encontró la posibilidad de jugar con la realidad y la ficción.

La faceta de escritor en Manrique es la máxima expresión como intelectual, pues muestra a un hombre que superó obstáculos económicos y culturales de la Colombia de principios de siglo XX, tal como sus coetáneos José Antonio Osorio Lizarazo o Hernando Téllez, quienes fueron parte del fenómeno de los escritores-periodistas, aun así, la obra de Manrique ha pasado desapercibida por la crítica literaria. Esta fase de confrontación con todo lo consolidado durante su oficio periodístico, le permitió encontrar una forma de expresarse libremente y explorar los caminos de las ideas y la estética. En conclusión, este recorrido por las dificultades que impidieron la profesionalización de Manrique nos permite entender el fenómeno del escritor colombiano a principios del siglo XX, a pesar de que no es exhaustivo



pretende dejar unas consideraciones claras para que sea tenido en cuenta en los estudios literarios, específicamente en los problemas del campo literario en Colombia.

2. Ramón Manrique ante el barbarismo y la izquierda revolucionaria

La contienda de Manrique contra el barbarismo y la izquierda revolucionaria se gestó desde sus primeras experiencias de vida. Con la guerra civil de los Mil Días percibió los absolutos ideológicos como un devenir violento proveniente de la ignorancia que, en el caso del país, despedazó el futuro de los colombianos. De ahí que se refiriera al hecho con un tono colérico. En consecuencia, Manrique exhortó a la transformación desde la individualidad: si bien el poder del cambio lo tenían las instituciones, la responsabilidad directa recaía en la persona.

La propagación de ideas totalitaristas a principios del siglo XX tuvo su expresión en Colombia con la llegada del comunismo al país. Manrique lo percibió como un totalitarismo agazapado en la promesa que “la izquierda revolucionaria” hizo de una “dictadura del proletariado”, mal vista, por demás. Muchos de sus copartidarios o jóvenes, preocupados por las nuevas tendencias, fueron entusiastas del izquierdismo, fenómeno que el escritor juzgó como una recepción ingenua e irracional de esta ideología. Esta pugna se gestó en la evaluación que Manrique hizo de los males que aquejan al colombiano: el fanatismo, el odio y la irracionalidad.

La “Revolución en Marcha” (1934-1938), una suerte de “dictadura del proletariado”, era para Manrique una mezcla entre ignorancia, oportunismo, izquierdismo y populismo. A pesar de que este proceso le cambió la vida de manera positiva a muchos liberales, el escritor tuvo una posición crítica ante él. Su máxima queja se sustentó en las relaciones que tenía con el comunismo y con la “la izquierda revolucionaria”. Manrique vio en este mandato la entrada de la dictadura del proletariado y las expropiaciones, con lo que nunca estuvo de acuerdo por el carácter antidemocrático que tenían: “esto me premune contra la barata ironía de quienes piensan que forzosamente tiene uno de ser comunista cuando carece de saldo bancario y no tiene nada que le pueda expropiar “la revolución en marcha”” (1937, pág. 17).

Otro hecho histórico que Manrique vinculó con el barbarismo gestado en la ignorancia fue El Bogotazo. Aunque su relación con Jorge Eliecer Gaitán no fue la mejor, pues lo vio como el tirano de la palabra y la emoción demagógica, cuando se dio el estallido del amotinamiento nacional, el escritor decidió documentar lo sucedido en el reportaje *A*

sangre y fuego. El asesinato de Gaitán, un drama que conmovió al mundo (1948). En este libro presenta su comprensión de la magnitud simbólica del asesinato del caudillo liberal. Más allá de ficcionalizar la situación, lo que buscó el escritor fue presentar los hechos con la mayor objetividad posible, razón por la cual se inclinó por este tipo de texto.

Los diversos hechos históricos nombrados afectaron existencialmente a Manrique. La forma de plantear su posición ante ellos fue a través del ensayo y el periodismo: como ejemplo tenemos el ensayo político-literario *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia* (1937) y el reportaje *A sangre y fuego. El asesinato de Gaitán, un drama que conmovió al mundo* (1948).

De estos libros, me centraré en el ensayo, primero porque este género implica un carácter moderno en la conciencia del escritor y porque es la primera obra de su madurez intelectual. En esta medida, este capítulo será un acercamiento a la forma del ensayo, los problemas que Manrique resalta, la visión de mundo y toma de posición ante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la Masacre de las Bananeras (1928), la caída de la hegemonía conservadora y la entrada del comunismo a Colombia (1930), más importante aún, ante los totalitarismos y la carencia de un *ethos* cultural.

De igual manera, en este ensayo se evidencia su admiración por las clases dirigentes, la turbación frente a esta nueva tendencia política y la consideración de una imposibilidad material y moral de la igualdad social, por lo cual reivindica el adjetivo “reaccionario” dado a los liberales detractores de la ‘dictadura inconsciente de las masas’. Su objetivo fue desmontar la demagogia sentimental de la que se valió el comunismo de principios de siglo XX para ingresar en la mentalidad de los colombianos.

Tal como se ve, este ensayo fue una suerte de llamado de atención frente a un peligro inminente: la ignorancia cultural. Vemos que Manrique distingue que entre el “comunismo bullanguero y gesticulante que nació en Colombia a raíz de la revolución rusa, al comunismo que se organizó en 1930, sobre bases serias y ceñido casi al sigilo masónico, hay un abismo” (Manrique, 1937, p. 20). El ensayo, como una posibilidad de aclarar el pensamiento, le resultó conveniente a Manrique para ponerse a prueba y presentar una voz de alerta a los colombianos, en especial a los liberales, ante el auge del comunismo a Colombia. Llama la



atención que el ensayista, quien tenía una formación liberal definida y no compartía el credo conservador en absoluto, avise públicamente sobre el “peligro” en el que se encuentra el liberalismo como partido, presentando su crítica a los copartidarios izquierdizantes y develando las inconsistencias ideológicas que ponían en duda al mismo grupo liberal.

En ese orden de ideas, Manrique quiere llamar la atención del partido liberal, no desde el Parlamento, pues no es su lugar, sino desde las letras, desde el ensayo. Ese grito de alarma frente al *maelström*, que para él significaba el comunismo, era vital, además porque reconocía en él una gran fuerza organizativa e intelectual, del cual carecía el partido liberal.

pero también reclamo para el partido liberal de Colombia que se defienda, que entienda, que abra los ojos, que vea para dónde lo llevan, que no siga siendo engañado todos los días y todas las noches; que no se entregue mansamente, ingenuamente, a la tutela de los camaradas, a Gilberto Vieira –a quien no tengo el honor de conocer, pero a quien admiro por su talento, por su energía y su desinterés–. (Manrique, 1937, p. 153)

La necesidad de diferenciar los ‘verdaderos’ ideales liberales de los permeados por el ideario comunista, se fundamenta en la razón, en la capacidad de salir de la ingenuidad y entender el trasfondo de la situación.

Esa crítica que Manrique siempre tuvo hacia los liberales, es la misma que aparece en su ensayo, en esta ocasión al liberalismo ingenuo ante la avanzada del comunismo. De igual manera, fue crítico del consumo cultural de la época, que, según la investigación de Renán Silva sobre la política cultural y sus resultados entre 1930 y 1946, demuestra que las preferencias lectoras de los colombianos eran las novelas y la poesía, los libros de política marxista y las historietas (Silva, 2005, p. 191). El escritor se manifestó así:

El autor de este libro ha visitado diversos sectores obreros en Colombia, tanto del campo como de la ciudad, y por eso ha podido cerciorarse de que nuestros trabajadores han dado un salto tremendo en materia de cultura literaria. Han pasado, por encima de varias etapas culturales, del misticismo del Padre Gaspar Astete al casi histérico misticismo del catecúmeno moscovita. (Manrique, 1937, p. 50)

Este análisis sobre los sectores obreros del país, nos muestra a un Manrique que conoce de primera mano la realidad del campo y la ciudad, abandonadas a la ignorancia y el misticismo irracional. Resulta irónico el ejemplo del salto cultural: los dos referentes se asocian con el misticismo y la religión, sin embargo, la diferencia es radical, pues uno se vincula con la devoción cristiana y el otro con la histeria de la lucha de clases.

A través de esta forma discursiva, el escritor problematizó su realidad y presentó a los intelectuales su preocupación política por la avanzada del comunismo en Colombia, las izquierdas y los sindicatos. Esa forma de percibir ese fenómeno nos permite ver a un Manrique que va más allá de la miopía de los conservadores-liberales, pues vinculó la tendencia comunista con las atrocidades sucedidas en los totalitarismos de Europa. Este asunto se desarrollará con más detenimiento en el siguiente apartado.

2.1 *Bajo el signo de la hoz: la conjura de comunismo en Colombia (1937): un ensayo político-literario*

En el siglo XIX, la tradición del periodista-ensayista se instauró como respuesta a las condiciones de la época, lo que no fue ajeno para Manrique, sin embargo, “el ensayo de esta época se insertó implícitamente en la postulación y creación de un marco simbólico propio” (Castillo, 2017, p. 87), pues “la práctica ensayística de principios del siglo XIX en Colombia se insertó en el proceso de toma de conciencia histórica y de la expresión del sentido de identidad de los criollos” (p. 127).

En este sentido, el ensayismo del comienzo del siglo XX es hasta cierto punto la continuación de la práctica decimonónica; sin embargo, no es una vil copia, pues en este nuevo ciclo se inauguraron varios de los nuevos problemas de nuestra tradición ensayística. A diferencia del siglo XIX, el género ensayístico alcanzó cierta madurez y reconocimiento, al punto de que los escritores se identificaron como cultores de un género definido. En contraste, encontramos que nuestros primeros ensayistas publicaron artículos sueltos, habitualmente en periódicos, mientras que los del siglo XX tuvieron la posibilidad de hacerlo en formato libro, hecho que les permitió ahondar en los problemas que querían desarrollar con más amplitud.

De esta manera, Manrique está en un momento del género en Colombia en donde este es más reconocido. No en vano, no se trató del único que publicó libros de ensayo. Una



constelación de escritores lo hicieron, como Carlos Arturo Torres¹⁰, Hernando Téllez¹¹, José Antonio Osorio Lizarazo¹², Baldomero Sanín Cano¹³, Juan Roca Lemus¹⁴, entre otros.

Llama la atención el devenir del ensayo y el papel que tuvo Manrique dentro de su historia. Mientras que los ensayos de la primera parte del siglo XIX estaban “asociados a la materia económica y científica” (Castillo, 2017, p. 113), en el siglo XX eran de corte más cultural y literario. Si vemos bien, el caso del escritor no encaja entre estas dos tendencias, pues vemos en Manrique un ensayismo más político, y con la máxima expresión del término en *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia* (1937).

Desafortunadamente, este ensayo de largo aliento no ha sido considerado dentro de la historia del ensayo en Colombia, a diferencia de los casos paradigmáticos de Sanín y Téllez. A mi parecer, debería ser un objeto ineludible de estudio en la historia del ensayo. En primera medida, porque considero que el trabajo de Manrique se inserta en la tradición ensayística que se estaba haciendo fuerte en el país, de la cual hay muchos vacíos que el escritor en cuestión puede ayudar a dilucidar. En segunda instancia, este texto buscó dar cuenta de los problemas de época que afectaban a la sociedad, tal como la carencia de un *ethos* cultural y la incapacidad mental de la población para evaluar el ingreso de ideas totalitarias al país, preocupaciones que Arturo Torres desarrolló de manera más general en su *Idola Fori*. En tercera medida, porque este ensayo reviste importancia en la producción intelectual de Manrique, pues su clave de lectura se fundamenta en responder a las

¹⁰ Ruiza (2004) nos plantea que era un “ensayista colombiano [...] Fundador de diarios como *La Crónica* (1898) y *El Nuevo Tiempo* (1901), en los que publicó numerosos artículos [...] Escribió *Literatura de ideas* (1911) y el discutido *Idola fori* o *Los ídolos del foro*, publicado póstumamente en 1916, que despertó grandes polémicas por su penetrante análisis crítico de la demagogia y las instituciones políticas”.

¹¹ “Escritor y periodista colombiano. Ya desde muy joven mostró sus dotes de periodista, como colaborador de la revista *Universidad* que dirigía Germán Arciniegas, y como asistente de Enrique Santos en *El Tiempo*. [...] Fue traductor, comentarista, cuentista, ensayista y crítico literario” (Ruiza, 2004).

¹² “Escritor colombiano. Dirigió los periódicos *La Prensa* y *El Heraldo* de Barranquilla y fue jefe de redacción del diario gaitanista *Jornada*. Colaboró con los gobiernos de Juan Domingo Perón y Rafael Leónidas Trujillo. Escribió los ensayos: *El fundador civil de la República* (1940), *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia* (1952) y *Colombia. Donde los Andes se disuelven* (1955), *La isla iluminada* (1946), *Germen y proceso del antitrujillismo en América* (1957), *Así es Trujillo* (1958), *Historia clínica de una traición* (1958), *El bacilo de Marx* (1959) y *Fundamentos y política de un régimen* (1960)”. (Ruiza, 2004)

¹³ “Prosista colombiano que desde el ensayo y la crítica contribuyó a introducir en su país el pensamiento de autores modernos. Escribió ensayos como *La civilización manual y otros ensayos* (1925) y *Ensayos* (1942)”. (Ruiza, 2014)

¹⁴ “Periodista, ensayista y novelista, más conocido por su seudónimo “Rubayata”. Publicó numerosos ensayos, fruto generalmente de sus trabajos periodísticos: *Presencia de un Pueblo*, *Gobernadores de Antioquia* y *El Camino de Damasco*”. (Pasión creadora, s. f.)

preocupaciones que generaba el auge del comunismo en Colombia, situación a la que pocos ensayistas de la época fueron sensibles. En cuarta medida, porque Manrique logra superponer el problema a su filiación ideológica, es decir, no se quedó en plantear que el comunismo es malo, sino que identificó el problema en las coordenadas culturales del momento y además logró situar históricamente a Colombia frente al problema global del fascismo y el comunismo. Por último, encuentro que este ensayo puede aportar a una posible historia de las ideas liberales en el país, de la historia del mismo partido Liberal y sus divisiones internas, de la historia de las revoluciones laborales en la nación, entre otros problemas de época sobre los que Manrique se manifiesta con evidente tono colérico y polémico.

Con lo dicho hasta aquí, aclaro que no seré exhaustiva con el comentario que voy a hacer de *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo*. Más bien, intentaré emprender tres operaciones: explicar cómo en este escrito dialogan las convicciones, la toma de posición y la visión de mundo de Manrique; analizar problemas como al auge del comunismo en Colombia y la carencia de un *ethos* cultural; y señalar cómo este ensayo se inserta de manera importante en los debates nacionales. Pero dejaré por fuera la recepción del ensayo, que tuvo tres ediciones con 2500 ejemplares vendidos; problemas como la relación del sindicalismo con el comunismo –a ojos de Manrique la instrumentalización resulta vil y oportunista–; el origen bárbaro del comunismo, pues el escritor encuentra en el asesinato de Zhar una lógica antidemocrática y guerrillera; y el tipo de ensayo que practica Manrique, a mi parecer polémico y político. En esta medida, dejo la invitación abierta para ahondar en los elementos nombrados, que merecen ser investigados a profundidad, pues servirían para ingresar a un análisis más detallado del ensayo.

Para proceder a revisar las características del ensayo en *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia*, es de aclarar que lo haré a través de la teoría del ensayo de Max Bense (2004), quien plantea que el ensayo se produce “debido a la situación crítica general, a la crisis en la que crecen la vida y el espíritu” (p. 31). Ese origen, que surge del “carácter crítico de nuestro espíritu” (p. 27), no es otra cosa que la sensibilidad del ensayista para gestionar esos momentos de incertidumbre, pues no todos los hombres se sienten afectados de la misma manera y por las mismas cosas. Como se dijo en el primer capítulo, Manrique no solo fue sensible como sujeto que vivió una transición histórica de una época a



otra –las consecuencias de la guerra civil en su vida intelectual: una visión de mundo aristocrática y por otro lado una mentalidad moderna–, sino que, para él, fue profundamente conflictivo y angustiante lo que estaba pasando con el partido Liberal, sobre todo la entrada a su seno del comunismo y específicamente de las ideas izquierdizantes a Colombia. Quizás, no fue una circunstancia crítica para todos los colombianos, pero Manrique la captó como un elemento que podía repercutir en el futuro del país:

Nadie quería al principio quedar siquiera cerca del pupitre de Vieira, y se le sacaba el cuerpo como a un apestado. No digamos los liberales llamados “reaccionarios” de la corriente santista, sino los propios izquierdistas rechazaban asustado el voto y la adhesión del diputado comunista para sus proyectos o proposiciones. Pero Vieira, empleando la disciplina recomendada por el Komintern, que se extiende hasta las más sutiles fibras del espíritu, rompió todas aquellas reticencias e hizo pedazos los prejuicios a que su alrededor le creaban una situación anómala. Penetró en el espíritu y el alma hasta de los veteranos de la vieja guardia liberal. (Manrique, 1937, pp. 26- 27)

Quizá algunos liberales percibieron el fenómeno que señala Manrique, pero solo fue él quien decidió escribir un ensayo para mostrar las formas en que procedían los militantes del partido comunista. El objetivo fue advertirle a su propio partido, en especial a los intelectuales, del alcance de persuasión que seguían a pies juntillas los partidarios del Komintern. Indudablemente, el escritor señala que las prácticas eran tan eficaces que lograban penetrar las fibras del espíritu, hasta de los liberales más “reaccionarios” y antiguos, así, “la ingenuidad infantil de los viejos veteranos (aunque parezca paradójal), cayó en el garlito y tragó el anzuelo” (Manrique, 1937, p. 27).

Para Manrique, eran pocos lo que entendían ese estrepitoso desenlace que ya se vislumbraba; incluso lo expresó con desidia, pues ya no había más tiempo:

Contaré lo que he visto, lo que estoy viendo, lo que desgraciadamente no quieren ver algunos colombianos obcecados.

Y lo que, desgraciadamente también, es tarde ya que lo entiendan, porque los acontecimientos se engarzan y precipitan con tal celeridad, que cuando se desee abrir los ojos, quedarán cegados por la deslumbradora realidad. (p. 35)

A partir de aquí, es preciso aclarar que los gritos anticomunistas no fueron exclusivos de Manrique, también hubo políticos y escritores como Eduardo y Enrique Santos; Juan Lozano y Lozano y Enrique Restrepo; Pedro Juan Navarro, Aquiles Arrieta, Alirio Gómez Picón, Eduardo López Pumarejo, Francisco Rodríguez Moya, Carlos Uribe Echeverri, Félix

García Ramírez, que se pronunciaron al respecto en la prensa y en el Parlamento, y que, en vez de ser reconocidos como héroes, fueron calificados como ‘reaccionarios’ (Manrique, 1937, p. 143).

La evaluación de Manrique y su permanente reflexión sobre el presente y el futuro del país, hablan de un hombre afectado profundamente por ellos y con una desarrollada conciencia histórica crítica de su época. La plena consciencia de la inquietud social que generó el ingreso del comunismo en 1930 y su negativa a las huelgas sindicales, en especial el de las bananeras, se debe a la comprensión histórica de su presente, evaluado desde el rechazo a las ideologías comunistas o revolucionarias que se estaban gestando a principios del siglo XX en Colombia. Manrique veía en estas tendencias políticas un peligro para la democracia, el desarrollo y la soberanía nacional, pues los totalitarismos no eran una respuesta a las injusticias sociales, tal como lo había visto en la realidad europea.

Para Manrique “la masacre de las Bananeras”, las sobrexigencias del “sindicato de choferes de la empresa de Taxis Rojos” y la paralización de la navegación por el “sindicato comunista de Barranquilla” fue solo una muestra de un sindicalismo sin criterio (en la época había más de 500 sindicatos), que seguía religiosamente las ordenes de Dimitrov y que ponía en peligro la estabilidad económica y la soberanía nacional del país. Estos hechos fueron revisados con detenimiento en el capítulo “Sindicalismo, eficaz vehículo del comunismo” en Bajo el signo de la hoz, en el que encontramos algunos argumentos de Manrique sobre la instrumentalización de los sindicatos por parte del partido comunista, lo que se explicará con más detalle en este capítulo. En contraposición, el ensayista exhortó a seguir las directrices del cisma de Ámsterdam¹⁵.

En cuanto a los hechos de las bananeras, vemos a un ensayista preocupado por los juegos de poder, del que sacaron partido personas inescrupulosas, tanto del país como del exterior, pues la masacre terminó siendo un estandarte de la izquierda, que Manrique evaluó como un oportunismo exhibicionista:

¹⁵ Manrique llama cisma de Amsterdam a la propuesta sindical de los social-demócratas europeos, es decir, aquellos “afiliados al sindicalismo holandés que tiene el estricto significado económico” y no político-ideológico del comunismo internacional.



Gruesos tomos podrían escribirse acerca de los sucesos y consecuencias de la huelga de las bananeras en 1929, provocadas por explotadores, charlatanes y apátridas de todos los pelajes y latitudes. Y aun cuando no faltaron políticos de la “izquierda revolucionaria” que se procuraron curules y canongías haciendo una macabra y criminal exhibición de los cadáveres de obreros sacrificados por la insania bolchevique en Ciénaga el 6 de diciembre del citado año (1929), yo he de referirme únicamente al peligro en que estuvo la soberanía nacional [...] (Manrique, 1937, pp. 184-185)

La problemática que estaba de fondo en el sindicalismo de las bananeras, al parecer de Manrique, eran las implicaciones internacionales que acarrea tener sindicatos comunistas en un país aliado con los Estados Unidos. La agudeza del ensayista evidencia un problema mayor, ya no es la pelea entre liberales y conservadores, la disyuntiva del momento era entre comunistas y capitalistas. La traslación de los partidos tradicionales hacia los partidos de la Segunda Guerra Mundial tenía implicaciones ideológicas, sin embargo, el autor reconoció que, en Colombia, estaba ligado al *ethos*, gestado en los fanatismos extremistas del siglo XIX.

La segunda característica en la que me centraré se basa en el cuestionamiento que hace Bense (2004): “¿no es llamativo que todo gran ensayista sea un crítico?” (p. 25). A mi parecer, Manrique es profundamente crítico, aunque su tono, en algunas ocasiones, sea colérico. Desde la revisión que hago del ensayo de Manrique, considero que, a pesar de que el escritor se pare desde sus afectaciones más profundas, busca deliberadamente el balance del juicio razonado, pues, al poner su pensamiento ante una necesidad de época, evidenció su gran sensibilidad para percibir la coyuntura social y política que significaba el auge del comunismo en Colombia. Ahora bien, la sensibilidad de Manrique va más allá de lo ideológico. Sus preocupaciones se arraigan en los problemas culturales que le permiten dicho ingreso a ideologías absolutistas y violentas. Tal como él lo plantea:

El autor de este libro ha visitado diversos sectores obreros en Colombia, tanto del campo como de la ciudad, y por eso ha podido cerciorarse de que nuestros trabajadores han dado un salto tremendo en materia de cultura literaria. Han pasado por encima de varias etapas culturales, del misticismo del Padre Gaspar Astete al casi histérico misticismo del catecúmeno moscovita. (Manrique, 1937, p. 50).

Manrique condenó el auge del comunismo porque no compartía ideológicamente las ideas de izquierda, y, más importante aún, porque consideraba que la sociedad colombiana no estaba preparada intelectualmente para evaluar sus propuestas, tal como dice en cita “han

pasado por encima de varias etapas culturales”, importantes en la maduración de la mentalidad. Para Manrique, la recepción del comunismo dentro del espíritu y el alma del campesino, del obrero y, sobre todo, de los “veteranos de la vieja guardia liberal”, era algo peligroso, pues vio en la mentalidad de sus compatriotas una gran fragilidad formativa y un gran fanatismo circunstancial, por lo que, en consecuencia, no le extrañó que estas ideas hubieran permeado al partido Liberal.

En el caso de los campesinos, hace énfasis en el tema de modo irónico. Hay un salto, sí, pero es tan abrupto que resulta contraproducente:

Los propietarios de cafetales de Viotá y de toda la región de Sumapaz, pueden atestiguar cómo a la hora caliginosa de la siesta, bajo los cámbulos enflorados de rojo, los rústicos se desembarazan de los cuévanos para la recolección del grano, y sacan de sus bolsillos el “Stalin” de Henri Barbusse; el “Discurso de Dimitrov en el VII congreso de la internacional comunista”; “Cuestiones del leninismo” por Jorge Stalin y otros no menos virulentos de la literatura rusa. (Manrique, 1937, p. 51).

La anécdota deja ver que no cree en la legitimidad de las Ligas Campesinas, más bien son instrumentos para enseñarles al campesino a repetir como loros lecciones de una ‘conciencia revolucionaria’. Para Manrique, la mentalidad de los comunistas colombianos está entre la ignorancia y los fanatismos.

Ese sentido crítico de Manrique, del que se ha venido dando cuenta, tiene muchas variantes, pues este ensayo “contiene todo lo que cae bajo la categoría de pensamiento crítico: sátira, ironía, cinismo, escepticismo, razonamiento, nivelación, caricaturización, etc.” (Bense, 2004, p. 27). La variedad de formas literarias que usa Manrique para adornar sus argumentos apela a la burla o a la crítica colérica, elementos clave en su escritura. A través de la sátira logra expresar la indignación que le genera el comunismo como partido, tal como él lo dice, como una Orden de corte masónica: “Mi admirado y admirable amigo el senador Combariza tenía y tiene razón. Para contestar sus tres preguntas necesitaría saber los signos, señales y tocamientos de la Orden. Y no siendo comunista, es claro que ignore lamentablemente el secreto masónico” (Manrique, 1937, p. 20).

El tono moralizador y burlesco, se matiza en fragmentos que pasan a la ironía, usada para comparar la construcción del templo de Salomón, cuna de la fraternidad y la masonería



degenerada en sociedad secreta, y la construcción del “Gran Templo Comunista” que traerá el oscurantismo:

Para la construcción del Gran Templo Comunista también se ha llamado a todos los obreros del mundo.

La obra debe ser construida por hombres que hablen todos los idiomas y todos los dialectos. Desde el “hillmen” que rinde pleitesía al Emir de Yanistam, hasta el mongol que deificó al Dalhay Lama [...] todos deben poner a contribución sus esfuerzos para esa especie de Kremlin que oscurecerá por la reciedumbre de sus muros al Gran Templo de Salomón. (p. 22)

Esta crítica, que se presenta como una burla fina, reprocha tanto al *statu quo* representado en el templo de Salomón, como al que viene a subvertir ese orden: el comunismo. Deja ver a la final un dejo despectivo por el último, ya que la masonería no es mala en su origen, sino en su desfiguración: “con ritos diversos y sociedades secretas”.

De igual manera, en este ensayo se ve la realidad a la que se enfrentaba Manrique. Tal parece que un cúmulo de personas, quizá liberales, no se daban cuenta de que el comunismo tomaba más poder en la sociedad, pero, con su suspicacia, Manrique pone en entredicho dichas afirmaciones. A través de la duda, el escritor logra ver una perspectiva diferente de su realidad, pues “habita en cada ensayo una fuerza de perspectiva” (Bense, 2004, p. 25):

Y a los escépticos, a los incautos e ingenuos le he oído en muchas ocasiones exclamar:

— Los comunistas son en Colombia una minoría ridícula. Jamás levantarán la cabeza. Jamás dominarán aquí.

Equivocados por mitad de la barba en cuanto a lo último, pues prácticamente ejercen ahora mismo una dominación absoluta sobre las masas obreras y campesinas, como se verá más adelante. Certísimo en cuanto que son una minoría reducidísima. (p. 31)

Cabe decir que Manrique se presenta como un escéptico al examinar lo que es regla general para los demás. A mi parecer, esto lo condujo a entrar en conflicto con los “ingenuos”. En este sentido se percibe con claridad la vena polémica de su ensayo.

Dice Camilo Martínez R, el prologuista “Pertenece él a ese mismo partido (se refiere al liberal) esto no era óbice para que mirara a los grandes hombres de su colectividad, desde el balcón de su columna en “La Prensa”, con una libertad de apreciación que lo denota individuo de una independencia espiritual e intelectual raras veces lograda, porque generalmente al ensayista lo atan consideraciones de esta o la otra índole, malográndose el meollo principal del retrato biográfico”. (Manrique, 1944, p. 4)

El razonamiento de Manrique ante la forma de proceder del partido comunista se desarrolla a través de la duda, la hipótesis y reconocimiento de la realidad:

Sobre esto de las minorías comunistas en Colombia, que no son tan ridículas como se piensa, se pueden tejer serias reflexiones acerca de la implacable y severa disciplina de sus adeptos.

He aquí una: la táctica ha dispuesto que no se asuste a los “partidarios burgueses” echando a las urnas la totalidad del número de prosélitos. Y disciplinadamente se obedece con una rigidez de acero. (Manrique, 1937, p. 32)

Por otro lado, Bense (2004) nos recuerda que “ni el poeta ni el escritor pueden ser entendidos fuera de las circunstancias de la época” (p. 23), lo que nos lleva a revisar la forma en que Manrique evalúa esos hechos históricos de su presente y la posición que toma a partir de dicha evaluación. En el ensayo se hace evidente una toma de posición a partir del lenguaje que utiliza Manrique, pues cada vez que se refiere al ingreso del comunismo, lo califica como: “el injerto emponzoñado de teogonías extrañas” (Manrique, 1937, p. 9) o como la “charlatanería de algunos vagabundos, como a la mística de una idea firmemente sostenida por el corazón” (p. 12)

De esta forma, Manrique plasma sus reflexiones para que otros intelectuales, en especial los del partido Liberal, escuchen su grito de alarma. Opino al respecto que Manrique pone en el centro de la discusión al partido Liberal porque conoce su ideario y lo comparte, y, además, porque considera que tiene la autoridad para combatir la irracionalidad de un pueblo sumido en la ignorancia, fácil de seducir por ideologías que prometen venganza. En sí, reivindica el título de reaccionario para los liberales, quienes son los primeros llamados a protestar contra todas las tiranías, pues es el partido de gobierno; él hace parte de sus filas y sería quien estaría llamado a subrayar la idea de la verdadera democracia al amparo de la razón:

Reivindico para los liberales de sangre el título, que los izquierdizantes han querido que sea ominoso, de reaccionarios. Desde algunos años atrás se ha entronizado en este país la tiranía de los adjetivos, y de esta manera decirle “reaccionario” a un liberal que combate la dictadura inconsciente de las masas, es igual que si se le declarara leproso. Sí, el liberalismo debe reaccionar contra todas las tiranías: las de abajo y las de arriba, y contra el odioso privilegio de ceder a la guachafita y al motín el derecho de disponer a su amaño de vidas y haciendas. (Manrique, 1937, p. 15)



Este escrito, dirigido a los liberales “extraviados” y a todo colombiano que quiera entender la realidad política del país, pretende suministrarles una conciencia política del liberalismo y del papel que tienen en la democracia.

Aquí, la pelea también es por la inconformidad del acto nominal asociado a la palabra “reaccionarios”. Su carga semántica, las tergiversaciones en los apelativos y el uso inadecuado del lenguaje llevan a Manrique adoptar una postura irascible y a imprimir un tono colérico a su ensayo, pues el escritor siente una gran molestia debido a que su ideario ha sido confundido con otras corrientes. El ensayista considera que los apelativos dados a los liberales como “reaccionarios”, que considera una tiranía del lenguaje, son expresiones discursivas que opacan el valor de los que mostraron la cara de la dictadura de masas promovida por el comunismo, que, por demás, va en contra de las democracias modernas. Manrique se declara en contra de todas las tiranías, ya sea de arriba o de abajo e invita a “ser liberal de verdad y perderle el miedo a la impopularidad”, pues, para él, vale más lo que se construye que la reputación falseada en apelativos.

Tal como se ve hasta aquí, el ensayo es un género ineludible en la práctica intelectual del Manrique. Como ejercicio de reflexión, es clave en la comprensión de su mentalidad, pues le permitió captar la realidad en términos fenoménicos. Además de interpretar, el ensayo le permitió criticar y debatir los problemas profundos de nuestro país. En mi concepto, Manrique se valió del ensayo para combatir la manipulación, la ignorancia y la violencia, en otras palabras, una cultura premoderna. Más allá de reparar contra una ideología o una facción, el ensayista criticó la recepción sin criterio por parte del conglomerado nacional, en especial por el partido liberal, casos abundaban, el más paradigmático fue el de Jorge Eliecer Gaitán.

De esta manera, ver este ensayo como un texto que reviste importancia en la producción intelectual de Manrique y como clave en la tradición de los ensayistas de principios del siglo XX, es evidente. No está de más hacer el llamado a los estudiosos del ensayo para que reconozcan en *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia* un punto de comienzo en el debate sobre las ideas de izquierda en el país, pues abre la posibilidad de hablar de una historia del pensamiento de izquierda en Colombia de



tendencia comunista, que pasa, por ejemplo, por la constitución de las guerrillas liberales y su transformación en comunistas.

En conclusión, la relevancia histórica de este ensayo responde a una preocupación socio-histórico y política que atañe a nuestra sociedad, ahí reside su vigencia, en la imposibilidad de la transformación del *ethos* colombiano. Ese diálogo directo que abrió Manrique con nuestro presente histórico se debe aprovechar para plantear nuevas lecturas, por ejemplo, cuestionar **¿por qué seguimos debatiéndonos en fanatismos de izquierdas y de derechas? ¿cómo superar las diferencias ideológicas sin llegar a la violencia? ¿cómo se entiende la democracia en la actualidad?**

3. Ramón Manrique Sánchez: ficción y realidad

En mi concepto, tanto el proyecto periodístico como estético de Manrique bebe fuertemente de las tradiciones del siglo XIX en ambas facetas. Tal parece que es un caso más del periodista de principios del siglo XX que, como intelectual, se inscribió en una forma de periodismo decimonónico, vinculado al ensayo, y que con posterioridad llegó a la literatura. Manrique, a primera vista, puede ser percibido como un escritor comprometido con la sociedad, y que buscó fundamentalmente a través del quehacer periodístico, concientizar sobre los problemas sociales, políticos, culturales e históricos de Colombia. De otro lado, su labor artística en el campo de la literatura dialogaría de cerca con la tradición estética del costumbrismo y la novela histórica. Se valió de algunos de sus procedimientos narrativos y compositivos como la reconstrucción de arquetipos sociales, de las costumbres, de la apropiación del mundo regional, de los mitos y leyendas, de las creencias y refraneros populares, para constituir el pacto de lectura de su novela *La Venturosa* (1947).

La narrativa de Manrique se centró exclusivamente en el género novela y consta de los títulos *La Venturosa* (1947), *Los días del terror* (1955) y *Cartagena de América: Invasión por el Pacífico* (novela publicada en prensa¹⁶). De las tres, la primera es la más reconocida. De la segunda se sabe que la escribió en Barranquilla, en abril de 1954 y la concluyó en Siberia (La Calera), el primero de marzo de 1955. En esta última, el autor crea una alegoría habitada por licántropos para representar la realidad colombiana dividida entre liberales y conservadores. Lejos de desear hacer un retrato exacto de las circunstancias políticas y sociales, su interés se enfoca en criticar el sentimiento de odio como el mal cultural que sería la causa de este y otros conflictos más amplios en Colombia. El narrador ubica temporalmente la acción novelesca entre 1949 y 1953, y apela a la ironía y a la parodia para aludir a los presidentes que causaron desmanes en la población civil¹⁷. Vale la pena subrayar

¹⁶ No existen comentarios de ningún tipo en la historia literaria, ni siquiera registro en bibliotecas nacionales, tal parece que se publicó en periódicos, como se puede verificar en la relación que aparece en la solapa de *Los Presidenciables* (1944).

¹⁷ Luis Mariano Ospina Pérez (1946-1950), Laureano Gómez Castro (1950-1951), Roberto Urdaneta Arbeláez (1951-1953) y Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) fueron los presidentes que marcaron esa época, los primeros tres del partido Conservador, el último de manera antidemocrática dio golpe de Estado y por ese medio accedió a la presidencia. Según Zapata (2014), el partido Conservador volvió al poder después de dieciséis años de ausencia, se caracterizó por recrudecer el espíritu político del momento, en especial Laureano Gómez, quien por sus ideas abiertamente derechistas y extremistas era temido y odiado por muchos liberales. Deja mucho que decir que en su mandato se haya originado la época de la Violencia y su pobre gestión del conflicto que no dio buenos resultados. Zapata indica que el inicio de esta época no tiene una fecha específica, pero se dio

este gesto, porque estos personajes históricos aparecen en la ficción invitados deliberadamente por la voluntad creativa de Manrique. A través de su novela, buscó presentar el odio como la peste que se inocula en los buenos hombres; peor aún, en los hombres de poder, al punto de bestializarlos.

Estos tres proyectos narrativos merecen ser analizados por los estudiosos de la literatura colombiana como el corpus de un proyecto literario que da cuenta de las preocupaciones estéticas de Manrique. Es preciso mencionar que hasta el momento no existe un estudio completo de sus novelas, y las consideraciones de su obra narrativa solo han reparado en *La Venturosa*, pero de una manera superficial. Hacer justicia del proyecto creativo de Manrique es fundamental, por ello, en lo que a mí respecta, plantearé una evaluación estética que contemple el sentido global de *La Venturosa*, novela que escogí para estudiar algunos aspectos de su perfil literario.

Este tipo de ejercicios valorativos deben partir de las recepciones que hicieron los lectores contemporáneos a la publicación. Pero, para pena nuestra pena, en caso de *La Venturosa* solo hay una y está firmada como anónimo en la *Revista de América*: “se trata, dice el anónimo comentarista, de una versión eminentemente periodística de los días en que se planeó lo mejor de nuestra historia” (Curcio, 1957, p. 261). A mi parecer, ese juicio valorativo es reduccionista. Negarle valor estético a la obra porque el autor recurrió a procedimientos narrativos propios del periodismo, en especial, los de la crónica, da cuenta de una crítica literaria incapaz de ver el gesto enriquecedor de una composición se constituyó a partir de diferentes medios para establecer su pacto de lectura. Al igual que Benhur Sánchez, me parece que es una obra con una propuesta artística, aunque quizá no por las mismas razones: “Con *La Venturosa*, de Ramón Manrique Sánchez, se da inicio al primer ciclo que considero importante después de la apabullante presencia de José Eustasio Rivera a través de su novela” (Sánchez, 1987, p. 41). Mi propuesta no es incluirla dentro del ciclo de las novelas huilenses, sino que se encamina a evaluarla y situarla dentro del conjunto de las novelas nacionales de la época. *La Venturosa* de Manrique se uniría al grupo de novelas

aproximadamente en 1946 y plantea que su origen reside en “las pasiones y resentimientos entre los partidos tradicionales, el liberal y el conservador” (2014, p. 99), los cuales se intensificaron después del asesinato de Gaitán.



que se encargan de los horrores de la guerra civil de los Mil Días, entre las que se destaca *Pax* (1907), de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, *Leo Agil* (1934), de Aquileo Lanao Loaiza, *La fiera* (1927), de Wenceslao Montoya, *Maldita sea la guerra* (1942), de Gabriel Pacheco, y *Rojo y azul* (1936), de Ramón María Bautista.

Ahora bien, una de las características que la distinguiría es haber retomado algunas herramientas de la estética costumbrista para concebir un proyecto más amplio en el que conjuga historia, ficción, géneros populares menores y otros no ficcionales. Por ello destaco la capacidad de Manrique de entrecruzar realidad y ficción y recurrir a procedimientos compositivos propios del arte narrativo y fusionarlos con herramientas discursivas de géneros periodísticos no ficcionales. A mi modo de ver, el resultado es una novela enriquecida en su propuesta compositiva. Tanto así, que es una elección deliberada del novelista, pues desde el prologo "Ficción y realidad", Manrique advierte que el lector desprevenido se perderá en una batalla convertida en mito. Tal parece que, el lector anónimo que escribió su juicio sobre la novela en *Revista de América* no llegó a comprender el proyecto estético de la obra, que no merecía tal desprecio, sobre todo, porque en absoluto se queda en la mera descripción testimonial.

En este punto, es preciso preguntarse por qué Manrique escogió el arte de la novela para referirse a esos hechos. Quizá la razón sea sencilla. Ya habían pasado más de treinta años de la guerra civil de los Mil Días y muchos documentos habían dado cuenta del hecho históricamente. Lo que buscó Manrique fue presentar su postura desde una mirada estética, que le permitiría llegar a un público más amplio y que probablemente necesitaba una reelaboración de esos relatos para no olvidar. Así, *La Venturosa* le permitió renovar, desde la literatura, el discurso sobre la guerra. Algunas lecturas de la novela plantean que lo importante en la obra es la descripción ensoñadora del paisaje o las tradiciones, pero no. Por ello, en este capítulo, a pesar de que no será exhaustivo, intentaré develar el sentido global de la obra desde la comprensión del problema compositivo, la visión de mundo y la construcción de los personajes más relevantes.

Considero valioso ahondar en el estudio de esta obra. No es vano que desde hace algunos años haya despertado el interés de algunas editoriales, pues fue reeditada en el 2005 por la gobernación del Huila y luego en el 2017 por la editorial independiente Diente de

León. Asimismo, llama la atención que esta novela retome algunas estrategias composicionales del costumbrismo que, a juicio de algunos críticos literarios, había cerrado su ciclo con Tomás Carrasquilla. Esta elección formal de Manrique no es fortuita: responde a una toma de posición frente al problema de la guerra civil y a un compromiso con la historia no oficial, a saber, con las voces de la periferia, los mitos y la región del Huila.

De esta manera, en esta investigación se plantea que *La Venturosa* puede considerarse una auténtica evaluación histórica, axiológica y estética de la participación del Huila en dicho conflicto. Se vale de un recorrido histórico desde lo ficcional para establecer un pacto de lectura verosímil a partir de nuevos modos de revisar el pasado que, si bien el lector conoce, porque es una historia que ya ha sido contada, en realidad se presenta una visión del pasado a partir de la puesta en perspectiva de algunos mitos y leyendas europeos con los colombianos, la problemática llegada de la modernidad y la evaluación de los problemas culturales de la época. Específicamente, la contradicción entre una visión mítica del mundo que dialoga permanentemente con una de corte más racional y moderno en la mentalidad del colombiano, es presentada en la novela como una singular hibridación sociohistórica de valores que es constitutiva de nuestro *ethos* cultural.

Toda la peonada, comadres y labriegos, miraron azorados hacia las oscuridades del monte circundante, mientras se munían la frente, la boca y el pecho con la señal de la cruz. Solamente el doctor, que recibía el relente de la noche joven, sentado en un asiento de baqueta que recostaba a la pared del corredor, se burló luego de lo que él llamaba “cuento tártaro” del amansador de potros bravos. El doctor, al que los campesinos decíanle “el dotor”, era mi padre. Afirmaba él que Ramírez, de tanto beber, estaba al borde del “delirium tremens” o no sé qué cosa parecida, y que esas luces que decía haber visto, eran las primeras llamas azulencas del mal. (Manrique, 2005, p. 12)

Dejo como aperitivo el anterior ejemplo de cómo se aborda el problema narrativamente en *La Venturosa*. Con esta muestra, queda en evidencia la necesidad de realizar trabajos sistemáticos de investigación que abran el espectro de análisis de la obra para poder explicar su lugar representativo dentro de la tradición del género novelesco en nuestro país y ubicarla en el “proceso histórico-cultural en el cual se producen series o trayectos novelísticos” (Figuroa, 2015, p. 7) diversos, como ocurrió durante la primera mitad del siglo XX. Para ello, propongo las siguientes inquietudes como punto de partida:

¿cuál es el aporte de su proyecto novelesco al de los escritores contemporáneos?, ¿se inscribiría dentro del grupo de novelas sobre la Violencia?, ¿por qué Manrique apela a la mezcla entre ficción y realidad para estructurar su novela?, ¿cómo aprovecha Manrique su conocimiento de los géneros periodísticos para enriquecer la obra?, ¿qué necesidad tuvo Manrique de usar técnicas de narrativa costumbrista?, ¿cuál era su intención literaria?, ¿para qué le sirve a Manrique en su novela apoyarse de los recursos técnicos del costumbrismo literario y la novela histórica?, ¿qué problemas de comienzos del siglo XX le permite evaluar?, ¿cómo se relaciona el uso de esos rasgos costumbristas y de la novela histórica con el sentido global de la novela?, ¿qué quiere resaltar de la historia colombiana?, ¿cómo aparece el Huila a los ojos del narrador?, ¿por qué referirse a la guerra civil de los Mil Días?

3.1 *La Venturosa: gesta de guerrilleros y bravoneles, relato de incubos y súcubos, amores, tragos y vestiglos (1947)*

La historia literaria en Colombia apenas ha reparado tenuemente en *La Venturosa*, de ahí que mi gesto crítico busque solventar ese vacío. Cristo Rafael Figueroa Sánchez hace en el prólogo de la reedición del 2017 un estado del arte en el que cita a los críticos que han comentado la novela: Antonio Curcio Altamar (1957), Benhur Sánchez (1987), Félix Ramiro Lozada Flórez (2005), Cristian Forero y Cristian Fernando Silva (2009) y Nayibe Anaconda Aldana (2015). Con el fin de ilustrar el interés y desarrollo argumentativo que tuvieron algunos investigadores, se puede decir que sus lecturas son invitaciones a entender la novela como una expresión estética de los procesos sociales, históricos, económicos y culturales vividos en la guerra civil de Los Mil Días. Otros la destacan como la máxima expresión del Huila desde una perspectiva regional.

Llama la atención que la lectura predominante sobre la obra sea la regionalista. A mi juicio, esta sería el resultado de haber concentrado la atención exclusivamente en su rasgo compositivo costumbrista que acentúa su gesto identitario. Pero la novela no se agota allí, pues, de fondo Manrique se apropia de las posibilidades que le ofrece la novela histórica para afrontar el problema de la negación de nuestros valores culturales con la llegada de la modernidad. La falta de una solidez cultural e histórica es un mal que Manrique evalúa a la luz de su prisma. Recordemos que una de sus particularidades es que no parcializa la realidad, por ello, en algunas ocasiones, lo que se considera bárbaro o atrasado, como las creencias y

supercherías, no serán vistas así, pues las entiende como parte constitutiva de nuestra configuración cultural.

El escritor se apoya en las técnicas narrativas del costumbrismo y la novela histórica para presentar el fenómeno de la coexistencia de mentalidades premodernas, de raíces feudales, y otras de carácter moderno. Aquí vale la pena hacer una aclaración. Si bien, María Cristina reconoce que el costumbrismo permaneció en “la novela colombiana durante varias décadas más, hasta bien avanzado el siglo XX” (Cristina, p. 110), se sabe que su uso empezó a decaer dentro de la producción literaria de la época. Esto implica que Manrique no fue un continuador. Más bien, se sirvió de la técnica costumbrista para crear un ambiente humano, mítico y verosímil de la realidad. En esta medida, la funcionalidad del costumbrismo en su novela es complementaria. Manrique no buscó dar cuenta de lo nacional y lo social, como sucedía en el siglo XIX, sino presentar los vejámenes de la guerra civil y la coexistencia de diferentes visiones de mundo. Todavía más, su novela sería una crítica de la idea de que las creencias populares, los valores tradicionales, las costumbres y las explicaciones de mundo míticas riñen con la noción de civilización.

Para ilustrar lo anterior, por ejemplo, en el telón de boca titulado “Los Dujos”, presenta a un narrador en primera persona, quien ha regresado después de mucho tiempo de la capital y que ha reemplazado los valores y creencias de su tierra natal con un profundo descreimiento y escepticismo. Este personaje cuyo nombre no se menciona, empezará a escuchar de la voz de Víctor Hilario Altamira, la historia del guerrillero Pepe Cuellar, “el mohancito”, que pondrá en tela de juicio esa incredulidad que adquirió en la capital. Con esto en mente, sin restarle importancia a la lectura emocional y regional de la novela, que destaca al Huila, mi intención es señalar que su valor artístico trasciende dicha interpretación al plantear una novela que le pone cara al proceso de modernización en Colombia:

En la travesía de Matamundo y al buen paso de los caballos, me habló Don Víctor Hilario:

— ¡Es posible que esta noche oigamos llorar al Mohán!...

El prolongado contacto con la vida de las grandes ciudades, me había hecho olvidar a las entidades teogónicas de mi tierra, que tanto miedo me causaron en la niñez. Por eso, interrogué a Don Víctor Hilario con un poco de burla y otro poco de curiosidad:



— ¿El Mohán? ¿Qué es? (Manrique, 2015, p. 7)

El encuentro de don Víctor Hilario Altamira, creyente de las entidades míticas y de leyenda, y el narrador incrédulo que lo escucha, representa el contacto de dos mentalidades, dos visiones de mundo, en la comprensión de la realidad colombiana. Tal como se ve en el fragmento, la mentalidad moderna dialoga con la premoderna desde el recuerdo, la duda y la curiosidad:

Sin quererlo, y mi razón en lucha contra la conseja, no pudo evitar, sin embargo, que un ligero estremecimiento erizara los vellos de mis brazos y los pelos de mi cabeza. Sea por la impresión auto-sugestiva, sea porque el silencio semanasanero trajese en alas del viento el lloro distante de un bebecito, o sea por lo que sea, escuché enseguida el llanto lejano de un recién nacido, lamentoso, tristísimo, agorero...

— ¿Si oye?...

Contesté casi sofocado:

— ¡Sí, oigo!... (Manrique, 2015, p. 9)

A través de esta cita vemos que en el mundo ficcional construido por Manrique la razón se ve quebrantada con la sugestión de que las entidades de las leyendas pudieran efectivamente existir. Con ello, el autor hace manifiesto que, en la mentalidad del colombiano, estos dos serían sus inseparables elementos constitutivos. Inicialmente, el narrador escéptico ha llegado del extranjero y dialoga de una informa incrédula con don Víctor Hilario durante toda la obra, caracterizando a las personas que no creen en supercherías. Para explicar esto, basta recordar un diálogo entre ellos sobre la existencia del Mohán: “—¿Pero es posible que usted, en este año de 1936, en pleno siglo XX, crea en esas carajadas, mi querido Altamira?” (Manrique, 2005, p. 9). A pesar de que era 1936, la mentalidad no se había transformado absolutamente, razón por la cual el personaje duda, aunque es escéptico. De fondo ya operaba la idea de una nación que se modernizaba en medio de la presencia ineludible de creencias populares.

Esta misma premisa o cuestionamiento se lleva al plano de las diferencias políticas y éticas de los liberales y los conservadores del momento. El doctor Altamira es liberal y no cree en mitos, mientras que el coronel Gasca, conservador, sí. No es gratuito que uno sea un doctor y otro coronel, ambos, rangos de prestancia en la época. El primero denota formación intelectual y visión científica del mundo —no cualquiera era doctor en la época—. Al segundo, “las guerras, que le sorbieron el seso luego, lo sacaron de aulas y lo llevaron primero a los

remansos del hogar y después al retumbo de los combates” (Manrique, 2005, pág. 46). Axiológicamente, parece que Manrique configura más modernos de mentalidad a los liberales que a los conservadores. Si bien, no es una estricta generalidad en la novela, esta tendencia habla mucho de su visión de mundo:

Altamira lo atajó:

— Tú, Laurencio, no ignoras la leyenda, que casi pisa los términos de la historia, de los hombres-vampiros de Transilvania. Un noble, el Conde Drácula, tan pronto anochece abandona su figura humana con el fondo musical de los lobos aullantes, y se transfigura en vampiro que chupa la sangre de sus semejantes, los hombres, para mantener su eternidad. Puede hacer sus diabluras hasta que se advierten las primeras luces del amanecer, porque le es insoportable la luz. Entonces se va a dormir a las rocas carpáticas, en donde permanece todo el día... El caso del Mohán es igual en eso. Como el gallo es heraldo de auroras, tan pronto lo siente cantar se va para sus cuevas del San Cayetano. Lo cual nos enseña cómo el Mal, que es pariente de la Ignorancia, no resiste la luz. Así son todas las supercherías. Ves cómo el diablo, el de los cuernos y cola y el olor azufre, el mismo diablo que cobra los diezmos del Padre Rada, nunca se aparece de día...

El coronel Gasca rió de muy buena gana. Sobándose los bigotazos ahumados por el humo de los Chancos, hizo, sin embargo, un gesto dubitativo, como si diera a entender que su razón vacilaba entre creer y no creer. (Manrique, 2005, pág. 40)

Desde el inicio de la obra se ve una pugna entre la legitimidad de un conocimiento que es científico, civilizado, y un conocimiento popular que representa lo tradicional, lo increíble. En algunas ocasiones, parece que la evaluación es crítica y, a la vez condescendiente, pero en ningún caso esos valores son desdeñados o menospreciados por el novelista. A mi juicio, la técnica costumbrista fue la que le permitió no parcializar su mirada.

Manrique también convirtió en una preocupación compositiva la armonía narrativa entre historia y ficción. Desde el epígrafe así lo sugiere: “Sobre la vigorosa desnudez de la verdad, el diáfano manto de la fantasía” (1947, p. 1). Este fragmento del escritor portugués del siglo XIX, José María Eça de Queiroz, nos indicaría que el novelista colombiano habría recurrido a la técnica costumbrista y a la novela histórica para mediar ese problema compositivo, de manera que la intención ficcional no subordina el juego con la verdad histórica que presenta la obra. La fusión del gesto histórico, encargado de sustentar la verosimilitud, con el gesto costumbrista, encargado de dar un carácter humano y ficcional a la obra, permiten contar la historia de Pepe Cuéllar “El Mohancito” y Mariana Gasca, quienes



del mundo edénico de la hacienda La Venturosa pasan al infernal devenir de la guerra civil. La advertencia frente a los límites entre estos dos ámbitos surge de su conciencia de la fragilidad entre la historia y la ficción:

Lo que de ficción pueda tener esta obra gira alrededor de hechos rigurosamente históricos: la Guerra de los Mil Días y la batalla de Matamundo. Es por eso por lo que a ratos el desprevenido lector perderá el hilo de la historia, pero encontrará en cambio el de la novela. A esto debe atenerse. (Manrique, 1947, p. 3)

Como puede apreciarse, Manrique busca contar la historia desde la ficción. En apariencia, su objetivo es convencer de la verdad de la historia contada al lector, por lo que recurre a la cronología histórica. Pero sabemos que, de fondo, su relato no es una copia de la historia oficial, más bien, presenta una versión que pone en conflicto ficción y realidad con ayuda de las herramientas narrativas.

En junio de aquel año de 1899 los algarrobos aparecieron aún cubiertos de flores como pequeñas campánulas azules, y sobre ellas continuaba ronroneando un enjambre de abejas, pero podía escuchárseles un como canto de despedida ante la inminencia del verano. (Manrique, 2005, p. 71)

[...] Discurrían ardientes los finales de agosto, cuando el coronel Laurencio Gasca regresó con su familia de su breve permanencia de poco más de un año en Bogotá. (Manrique, 2005, p. 87)

[...] En diciembre de 1899 se batieron David Tovar con Losada, Terrón, Marín, Varón, Caicedo, Rocha, Castillo, Rodríguez, Arenas, Ardila, Aguilar, los hermanos Bustamante -Paulo Emilio y Ricardo- contra Manrique, Perdomo y los hermanos Riveras en “La Crinolina”, sobre el claro río Ambicá. (Manrique, 2005, 173)

La narración de Manrique se encuentra salpicada de fechas que le sirven al lector como referentes históricos. Ese rasgo está latente en toda la novela y es fundamental para entender mejor el pacto de lectura que propone, porque, si bien el lector podría buscar información en libros de historia sobre la guerra civil de los Mil Días, lo que en realidad pretende Manrique es presentar y evaluar el problema de la constitución híbrida de la mentalidad del colombiano, entre la visión mítica del mundo, y la mirada escéptica, racional, científica, propia de la modernidad. Esto, de un lado, le da un valor agregado a la historia oficial al traer la mirada del hombre de a pie, y, del otro, explica que la novela trascienda el objetivo llano de hacer un retrato del Huila. A la constitución híbrida de la mentalidad colombiana, habría que sumar el hecho de que la interpretación de la realidad y de la historia



suele apoyarse en explicaciones de la visión mítica del mundo. Esto sería un elemento característico de nuestra idiosincrasia cultural.

En el “Prologuillo. Ficción y realidad” nos deja ver que el objetivo de esta mezcla es revitalizar la historia popular y humanizar a sus personajes para, de alguna manera, sugerir que, a pesar de ser creaciones ficcionales, son de carne y hueso: “Muchos de los personajes de los Mil Días que traigo a estas páginas, aún viven. Si ellos encuentran vulnerados los sagrados términos de la Historia, que me disculpen. Y si no, peor para su amargura” (Manrique, 1947, p. 6).

Gracias a su pericia narrativa, el novelista logra crear una construcción simbólica de los personajes a partir de su propia visión de mundo. Por ejemplo, la función que le da a don Víctor Hilario Altamira, quien le refiere al narrador en primera persona la historia de “El mohancito”, es representar la clase social liberal que se vio afectada por la guerra civil. Es el símbolo del huilense de casta humillada por la guerra:

Engañaba la apariencia de don Víctor Hilario Altamira. A primera vista era un rústico chalán llanero, un vaquero chabacano, atezados el rostro y las manos, dejativa el habla comarcana, con no pocos intercalados de germanía y de palabrotas, pero la clámide blanca que le ennoblecía de canas la cabeza, era como una alerta a equivocadas apreciaciones. Pero como sus temas obligados eran los ganados, las garrapatas, el nuche, la vaquería, las herranzas, la sequía de los pastos, el jornal de los peones y todo lo que atañía a su mayordomazgo de “Los Dujos”, no quedaba margen para suponerlo un hidalgo venido a menos. Así, visto de primera intención, parecía un honrado campesino de sierra y llano, en cuyos labios abundaban los terminachos de “chambuque” y “voliao”.

Alternando el relato de Pepe Cuéllar con los quehaceres de la hacienda, siguiéndolo en todos sus pasos y compartiendo con él momentos íntimos, obtuve de don Víctor Hilario un retrato espiritual muy diferente. En lo más hondo de su ser recataba el Espíritu de las Generaciones, suma y compendio de centenares de antepasados, que le imponían la conducta y normas. (Manrique, 2005, p. 151)

Tal como se ve aquí, la guerra afectó la existencia de un grupo importante de personas. Don Víctor Hilario Altamira, hijo legítimo de un liberal huilense, con 40 años de edad, es el símbolo de una aristocracia caída, pero cuyos valores familiares y de ilustración se continúan en su línea de sangre. Después de ser el hijo del dueño de la hacienda La

Venturosa, se convirtió en el mayordomo de la hacienda “Los Dujos”, lo que representa al hacendado liberal que pasó de potentado feudal a mayordomo desclasado.

A través de la novela, Manrique capta el problema de una clase social que se vio fuertemente afectada, a la que él como sujeto histórico perteneció. Como énfasis de esa preocupación, presento esta cita, en donde se lee una postura aristocrática de esa defensa de sangre y apellido, que para él significaba nobleza de linaje:

María Caviedes, sin mucho apurar a búsqueda por infolios y papelotes, podría encontrar su ascendencia y su limpieza de sangre en directa parentela con los Viedas y los Caviedes de hazañosas gestas peninsulares. (Manrique, 2005, p. 36)

María Caviedes, mujer legítima del mayordomo Pedro Cuéllar, es una empleada de la hacienda La Venturosa. Su posición de clase y de estirpe deja ver que, para Manrique, esto era importante. Al final, la clase social es algo complejo que, a ojos del novelista, no depende exclusivamente de la condición económica del momento, sino que también responde a un pasado y a unas generaciones que forjaron ese presente.

Por otra parte, volviendo al uso de Manrique de las técnicas costumbristas, quiero revisar la función que le otorga a los epígrafes de cada capítulo. El préstamo que toma de *El sabor de la tierruca* de Pereda¹⁸, Eça de Queiroz¹⁹, Juan Ignacio de Armas²⁰ y el libro del Apocalipsis muestra una decisión deliberada en la configuración de la novela; en este sentido, los epígrafes sirven para sugerir no solo el tema sino, ante todo, el modo de interpretar el mundo narrado. Al leerlos, el lector podrá anticipar que hay un estilo preponderante en la novela, una mirada a las costumbres, al sincretismo de la religión católica con los mitos y leyendas del Huila:

¹⁸ “Novelista español, máximo representante del tránsito del costumbrismo regionalista a la prosa de ficción realista del siglo XIX.” (Ruiza, 2014)

¹⁹ “Escritor portugués, máximo representante de la novela realista y naturalista portuguesa. Romántico de formación, cultivó la perfección formal y se abocó a la sátira y a la ironía. Entre sus obras destacan *El crimen del padre Amaro* (1875), *El primo Basilio* (1878) y *Los Maia* (1888).” (Ruiza, 2014)

²⁰ “Escritor cubano, periodista y director de *La América* (1871) y *La América Ilustrada* (1872-1873), posteriormente fundó el periódico *El Ateneo*. Hizo parte de la Real Academia de la Historia de Madrid y de la sociedad Antropológica de Italia”. (Juan Ignacio de Armas y Céspedes, s. f.) Manrique se refiere al poema *La carga de Carabobo* (1885). Este romance narra la batalla entre las filas de ciento veinte llaneros que, a la cabeza del bravo Cedeño, se enfrentan a los españoles en el campo de Carabobo. El poema cuenta cómo poco a poco el ejército de hombres comandados por Cedeño es mermado por los enemigos españoles. Finalmente, en medio de disparos y gritos, es abatido el jefe de los bravos llaneros.

“Si parece mentira lo que se ve desde lejos mirando a la tierra con los ojos del corazón...” Pereda.

“Estar lejos es un gran telescopio para mirar las virtudes de la tierra donde se visitó la primera camisa” Queiroz. (Manrique, 2005, p. 21)

La deferencia a escritores sobresalientes del costumbrismo y realismo europeo denota una preferencia por los referentes del siglo XIX, que le permitieron construir los cimientos de su novela. Es llamativo que uno sea representativo del regionalismo y el otro tenga un estilo irónico muy marcado. Con seguridad, estas fuentes influyeron en su forma de pensar y escribir. Por otra parte, la función de los epígrafes es apelar a un lector místico, esotérico y metafísico, de creencias populares. Tal parece que Manrique busca dejar al lector en la incertidumbre al ponerlo siempre al filo de los límites de dos realidades.

Si bien María Teresa Cristina nos plantea que “la literatura costumbrista es una de las primeras miradas objetivas sobre la realidad nacional –si se quiere ingenua y superficial con frecuencia” (Cristina, p. 110), vemos que Manrique busca presentar una realidad poco objetiva, anclada en atavismos y creencias místicas para lograr un efecto de impacto en la sensibilidad del lector. La ambientación de los paisajes es una clave de lectura que le permite al lector ingresar a un espacio real; sin embargo, en la novela se le agrega otro carácter, gracias a las creencias populares: el místico.

Por la carretera de Matamundo bocineaban los automóviles, y a la luz de sus farolas al tomar las curvas, iluminaban vastas extensiones del llano como abanicos meteóricos. Oíase tenue el murmurar del Magdalena y, en cuanto avanzaba la noche y el silencio hacía más ostensible su manto lunero, llegaba el eco del retumbo de la corriente contra los peñones de Opia. Allí estaba el “Charco del Mohán”.

Cantó la lechuza su reclamo en lo alto de un guácimo:

— ¡Cuuu-rrucucú!...

Bajo un hobal cercano se oyó el estrido de otro pájaro nocherniego. En las lagunas cercanas tarareaban los **coclíes** y preludiaban las **kaikas** un solo de cornetín en Si Mayor. (Manrique, 2005, p. 34)

El uso de la técnica resulta conveniente para ambientar paisajes y creencias que, si bien son reales, se pueden teñir de agüeros. Lo ficcional reside en el significado que se les da a esos elementos del paisaje; por ejemplo, los pájaros son agüero de espectros o el demonio, sus cantos son la advertencia de un suceso maligno.



La intención costumbrista del texto, evidente en el uso de cantos, poemas y trovas, da cuenta de la importancia de la oralidad en esa sociedad, característica propia de la premodernidad, e implica un problema para la verosimilitud. Estos cantos populares, que es común encontrarlos a lo largo de la novela, son parte del ejercicio de ficcionalización de los personajes. En este intento, Manrique resalta unas virtudes del pueblo que se pueden comparar con las de Europa o con la de algunas civilizaciones antiguas:

Se les oía cantar:

Molé, trapiche, molé,
Molé la caña morada;
Molela a la media noche,
Molela a la madrugada!... (Manrique, 2005, p. 23)

Arrullaba a Mariana, ajonjeadora:

Sana que sana
Culito de rana
Si no te sana, se te enguasana... (Manrique, 2005, p. 68)

El objetivo de Manrique es dialogar con la tradición costumbrista para valerse de ella y propiciar un ambiente cercano y familiar en su novela, sin que esto implique que quiera seguir expresamente la tradición decimonónica de rescatar valores, usos y costumbres, propia de las funciones sociales del costumbrismo decimonónico. Más bien, usa la técnica descriptiva para ambientar y humanizar los primeros años de la Regeneración (1886-1909) y así presentar la mentalidad y contradicciones del colombiano de finales de siglo XIX y principios del XX. En otras palabras, Manrique busca en la historia y en las costumbres los modelos que le permiten comprender y explicar su condición en el presente.

Tal como se ve hasta aquí, el enfoque que se le da al costumbrismo y a la novela histórica no es el característico del siglo XIX. Si bien María Cristina nos refiere que el costumbrismo tiene como finalidad el retrato de la sociedad para entretener y sugerir transformaciones de corte axiológico, “la novela histórica latinoamericana no se pregunta por el ser ni por el destino de los individuos ni por su procedencia mítica sino por lo que es una comunidad frente a la identidad bien establecida y operante de otras comunidades” (Jitrik, 1995, pp. 40-41). De esta manera, lo que hace Manrique es tomar las técnicas de estos géneros para proponer su propia intención narrativa, pues otras son sus necesidades. Tal parece que

las usa para ambientar en la ficción un hecho histórico y así darles un carácter al mismo tiempo verosímil, histórico, heroico y mítico a los protagonistas:

Allá donde se oye el ruido del “Charco del Mohán”, la noche de la batalla de Matamundo se ahogaron el guerrillero Pepe Cuéllar y su novia Mariana Gasca, perseguidos de cerca por los lanceros del General Toribio Rivera. (Manrique, 2005, p. 9)

Es diferente el punto de vista de los historiadores, los cuales refieren que en la noche del 20 de marzo de 1900 la bella Mariana Gasca y el bizarro guerrillero José María Cuéllar celebraron en estas profundidades su noche de bodas... (Manrique, 2005, p. 201)

A pesar de que alude al destino de los personajes, la diferencia de tono en la presentación es evidente. En la primera, que hace parte del inicio de la novela, se percibe el tono del hombre de a pie que reconoce al guerrillero liberal como un hombre de guerra, que no tiene más grandeza que en el acto de resistencia y lucha contra los conservadores. En la segunda, párrafo con el que se cierra la novela, la connotación que se les da es de leyenda: a pesar de que se recurre a una fecha, nombres y apellidos, quedan para la posteridad de las creencias populares. Pueden parecer aparentemente distantes estas dos presentaciones, pero para la finalidad narrativa de Manrique son complementarias, al punto que logran fundir historia y ficción. En otras palabras, que estas dos formas de referirse a los personajes disten, da cuenta de la necesidad de dejar a voluntad del lector la posibilidad de perderse en la historia y de ingresar al de la novela.

Por otra parte, esto muestra que Manrique considera, en el fondo de su entendimiento de la sociedad colombiana, que la historia se puede entender desde los mitos. Con esto vemos que no es una reconstrucción fidedigna de la historia, como quiere aparentemente pactar con el lector; en realidad se vale de lo mítico para presentar su interpretación de la realidad. Con esta intención, Manrique retomó el mito del Mohán y lo reformuló desde un contexto de enfrentamiento en la guerra civil de los Mil Días, para configurar su personaje como un héroe mítico y así mostrar los valores representativos de una visión de mundo particular como la popular. A pesar de no ganar la guerra, Pepe Cuéllar se erige como un símbolo del mito, el guerrero, el campesino, el ignorante, que desde su acción hace la historia. La construcción de una leyenda regional, bien lograda por Manrique, presenta, en supremacía, un diálogo entre la visión religiosa, la moderna, la ecléctica y la indígena:



— ¿El Mohán? ¿Qué es?

— Era el antiguo brujo de las extinguidas tribus indianas, mezcla de dios y duende, casi un enano, de cuerpo rechoncho, de ojos como brazas, de brazos ñudosos como tronco, de larga cabellera, que se cubre la cabeza con un gran sombrero de pindo. Desterrada su raza, es ahora un espíritu que vive en los charcos profundo del río Magdalena. (Manrique, 2005, p. 7)

La presentación del auténtico mito, como parte de una tradición indígena extinta por los colonizadores, deja ver la evaluación que Manrique hace de la colonización. En ningún momento usa diatribas para referirse al hecho, más bien, intenta superar las contradicciones dejadas por la conquista, basado en que se trató de un proceso sociohistórico que nos legó unos valores culturales. Manrique no toma partido por los indígenas o los españoles invasores; se queda, más bien, con el sincretismo cultural que devino de su encuentro y lo convierte en una categoría explicativa del proceso histórico colombiano:

Por lo demás, no se puede afirmar honradamente que un pueblo se coloca al margen de la civilización por cultivar esta suerte de creencias, puesto que no hay uno solo sobre la tierra que no las tenga o no las haya tenido. Al contrario, ellas parecen formar parte de su acervo cultural y espiritual. (Manrique, 2015, p. 3)

Manrique considera que las creencias en mitos y leyendas constituyen una parte importante de lo que es el colombiano, pues dan cuenta de lo que forma nuestro “acervo cultural y espiritual”, de lo que configura nuestra forma de pensar, sentir y ser; en pocas palabras, son una parte de nuestra mentalidad. A través de su gesto presenta las creencias como entrañables. Asimismo, el rescate y defensa de las creencias populares toma un lugar central en la obra, pues sugiere que a través de ellas también podemos entender la historia del país. De fondo, esto devela una preocupación de Manrique. Vemos que es sensible al momento de modernización técnica y mental por la que está pasando Colombia. Si bien la llegada de la modernidad trae progreso, también puede implicar el detrimento de unos valores que juzga necesario no perder.

Dicho proceso de mitificación también funciona para mediar los antagonismos de la conquista, la política y la ética. Por ejemplo, Pepe Cuéllar, un muchacho 20 años, de ojos azules, blanco y rubio, “parecía un gringo” (Manrique, 2015, p. 34) –pues sus rasgos eran claramente europeos–, ingresa al lado indígena por medio de las creencias populares que le atribuyen un sentido sobrenatural: “Los supersticiosos comarcanos de “La Venturosa” juraban que este muchacho era hijo del Mohán. Pero José María lo era, en realidad, del

Mayordomo Pedro Cuéllar y de su legítima mujer María Caviedes” (Manrique, 2005, p. 11). El intersticio entre las dos realidades está latente en la obra, hasta que la guerra llega y las cualidades atribuidas al campesino, lo convierten en un héroe mítico, en un brujo, porque ser liberal era ser masón:

En esos tiempos de guerras y cuartelazos ser liberal equivalía a ser masón, y al masón se identificaba como un brujo, un ser inhumano que participaba en grimorios y aquelarres a base de sacrificios de sangre y descuartizamiento de niños recién nacidos. Era claro que los masones tenían pacto con el diablo y se las entendían a la maravilla con el Mohán. (Manrique, 2005, p. 39)

En general, la intención de *La Venturosa* es llamar la atención sobre los problemas que dejaron las guerras civiles, en especial la de los Mil Días. Lo hace desde la relación que teje entre la superstición y los Liberales. Eso no significa otra cosa que, este guerrillero de trasgos y bravoneles, Pepe Cuéllar, estaba tranzado, como muchos campesinos, entre las circunstancias de su momento y de su mentalidad, pues había “nacido bajo la cuadratura de Saturno y Marte, que marcaba rumbos de odio y de sangre” (Manrique, 2005, p. 93).

El mito del Mohán se complementa con el de Mariana Gasca, hija del conservador Laureano Gasca. Ella, al igual que él, cargaba con una leyenda gitana que era de familia. Estas historias construidas alrededor de los personajes, cobran un sentido de apego afectivo y presentan una nueva interpretación de la historia. Así, la configuración de los personajes nos deja ver un entrecruzamiento de culturas y creencias, aunque siempre entre los límites de lo real. Aun así, el mismo Pepe Cuéllar se percibía de una forma más humana y menos supersticiosa:

¡El General José María Cuéllar! Él mismo se reía del titulejo, pero luego se acostumbró a él, porque en estas guerras bastaban el simbolismo del pronunciamiento, una bandera azul o roja adelante y el refuerzo de los trasgos que improvisaban valentías y fachendas al frente de treinta guapos, para ser general en jefe. El esparaldazo lo confirmaban o quitaban las llanuras ardorosas erizadas de bayonetas y machetes. (Manrique, 2005, p. 136).

Al final, Pepe Cuéllar era percibido de diversas maneras: las partes oficiales del conservatismo lo consideraban un malhechor, los liberales un prócer y mártir, los periódicos liberales un joven Espartaco, el periódico *El Telégrafo* de Ecuador como el General José María Cuellar. “La facundia popular empezaba a cubrir con el manto de la Fantasía el nombre



ya famoso del Mayordomito”, pero él, desde su percepción llana de la vida, se sentía como un hombre de carne y hueso. (Manrique, 2005, 123)

La Venturosa de Ramón Manrique Sánchez conforma la visión de la situación social, cultural y política del contexto de la guerra de los Mil días a través de los conceptos de un campesinado sumido en el patronazgo, ideologías liberales y conservadoras, la religión inquisidora y la evolución de personajes a través del conflicto que se asumen en el devenir de la historia sin entender qué sucede. Nada de esto parecía haber cambiado mucho en la Colombia de la década de 1940, momento en que Manrique compone su novela.

Gritó Agapito con su voz de flautín:

— ¡Alto, rojos descomúlgao...!

Clamaron los muchachos, parapetándose tras de la invésidez de sus quince años:

— ¡Nojostros no semos nada...! ¡Semos entuavía unos güipas...! A esto bramó don Gauna, avinagrada la voz:

— ¡Nada de pendejadas...! ¡Al cuartel! (Manrique, 2005, p. 100)

El objeto de evaluar esas mentalidades del campo y de la ciudad, liberales y conservadoras, sirve para evidenciar que, a pesar de las diferencias, también hay problemas culturales de fondo como la ignorancia y la pobreza. A fin de cuentas, el campesino es el que asume la guerra. El problema no es ser liberal o conservador, tal como lo había dicho Vergara y Vergara, sino el hecho de que la pugna está arraigada en los pobres que asumen una guerra sin entender por qué. La resignificación del bipartidismo permite ver que la guerra se sustentó en el apasionamiento, y, sobre todo, en el desconocimiento.

Manrique ambienta la acción de la novela en la guerra civil de los Mil Días porque le permite presentar ese problema social, vinculado a lo cultural, de recurrir a la violencia para resolver las diferencias. Los rasgos culturales objetivados en el comportamiento, vestimenta, fiestas de ciclo anual, rituales de nacimiento, matrimonio o muerte son funcionales para presentar la mentalidad del colombiano que no se ha secularizado:

Ñor Ignorancia era un tipo de rostro, piernas y manos elephantinos, de hablar lento y hondo como si sufriese de bronquitis crónica y de miserable indumentaria [...] Borroneaba con dificultad la escritura y leía incansablemente. ¡Era el único rústico de los contornos dueño de tales habilidades! Sus lecturas preferidas eran los evangelios, las profecías y cuanto libro hablara de metafísica y esoterismo. (Manrique, 2015, p. 29)



Como comentario final, *La Venturosa* es una obra que liga la ficción y la realidad con ayuda de las estrategias narrativas del costumbrismo y la novela histórica. En esta obra hay un conjunto de sistemas semióticos como la lengua, el hábitat, la alimentación, el vestido, las costumbres, entre otros, que les dan vida a personajes y los convierte en seres reales que luchan en la guerra civil, pero también busca darles un valor sobrenatural al ligarlos con las creencias populares, propias de los cruces de mentalidades ya comentados.

A mi juicio, Manrique como intelectual desclasado, nacido en la inquietud del desarraigo, hace un balance histórico del impacto de la guerra civil de los Mil Días, tanto en la vida social colombiana como personal, pues hay un ambiente guerrista en su presente histórico que le exige revisar el origen del conflicto y de los odios irracionales que llevaron a liberales y conservadores a protagonizar una guerra intestina. Recurre a ese hecho histórico porque es el referente de guerra más cercano en su horizonte histórico, además, por su naturaleza, este le permite evaluar el problema del bipartidismo y del *ethos* cultural. Es evidente que la guerra civil configuró en él un malestar y un sentido antiguerrerista de los conflictos. No se equivocaba Manrique al presentir que se avecinaba una nueva era de violencia: apenas un año después de la publicación de la venturosa, el 9 de abril de 1948, asesinaron al caudillo Jorge Eliecer Gaitán y comenzó la triste época de la Violencia.

Consideraciones finales

Analizar la acción literaria y periodística de Ramón Manrique Sánchez desde un acercamiento al campo literario y el proceso de profesionalización del escritor a principios del siglo XX es una tarea que aún requiere más detalle. En la medida en que no se le ha concedido la suficiente importancia a diferencia de Tomás Carrasquilla, José Eustasio Rivera, Baldomero Sanín Cano o Eduardo Zalamea Borda, considero que es preciso estudiarlo en virtud de su acción dentro de la vida literaria del país. Recordemos que la historia literaria no solo se construye a partir de los escritores más reconocidos, sino también, desde las otras voces que se integraron en el proyecto intelectual, estético y literario de una época.

Ahora bien, esta investigación no es un capricho de rescatar nombres porque sí. Aquí genero un diálogo con aquellos estudiosos que han nombrado la obra de Manrique, en especial con Benhur Sánchez, quien planteó que “con *La Venturosa*, de Ramón Manrique Sánchez, se da inicio al primer ciclo que considero importante después de la apabullante presencia de José Eustasio Rivera a través de su novela” (Sánchez, 1987, p. 41). Mi respuesta a Sánchez es que, en efecto, detrás de toda la obra de Manrique, no solo de *La Venturosa*, hay una toma de posición, una visión de mundo y una propuesta estética e intelectual que merece ser revisada, no porque se asocie dentro de la narrativa huilense, sino dentro del amplio espectro nacional, pues Manrique dialoga con otros intelectuales de su época y deja un legado que nos permitiría incluso entender discusiones del siglo XXI.

Ramón Manrique Sánchez: acción periodística y literaria en la primera mitad del siglo XX colombiano pretendió trazar una ruta de investigación que aún queda abierta. Si bien presenté algunas hipótesis de lectura sobre la acción literaria y periodística de Ramón Manrique Sánchez, es claro que las posibilidades interpretativas no se agotan ahí. Aún falta desentrañar el valor literario y el sentido cultural de las obras, en su totalidad. En consecuencia, advierto que no será una tarea sencilla, pues hay que realizar un rastreo más amplio del corpus periodístico, de sus ensayos, la búsqueda de su novela no publicada, *Invasión por el pacífico*, y realizar un primer acercamiento a su novela *Los días del terror*, de la cual ni siquiera hay reseñas.

De esta manera, espero que esta investigación le sirva al lector para identificar la toma de posición de Manrique, la configuración de su axiología, sus elecciones formales y su mentalidad, en las que aparecen de manera recurrente diversas preocupaciones de corte político, axiológico, literario y, sobre todo, cultural. Esta última fue la que más le tomó tiempo y papel, pues como se vio en los tres capítulos, fue reincidente en toda su producción. La constante evaluación de los males culturales originados por la carencia de un *ethos* moderno en Colombia, le implicó ser coherente con su acción periodística en cuanto a su función social de ilustrar al pueblo, de proponer obras que evaluaran las mentalidades para generar conciencia de la necesidad de superar las contradicciones que trajo el intento de modernización técnica durante la transición del siglo XIX al XX. Manrique, como ciudadano, como sujeto ‘docto’ en términos de Kant, se sintió llamado a presentar este problema cultural y, en calidad de periodista, a solucionarlo desde un ejercicio de ilustración.

En este sentido, considero importante precisar los aspectos que sobrepasaron los límites de esta investigación. Si bien el acercamiento a una parte de la obra de Manrique no es suficiente para dar juicios absolutos de valor, sí presento su proyección social y literaria. Aún falta reconstruir de manera amplia los debates en los que participó Ramón Manrique Sánchez, con sus respectivos argumentos y contrargumentos, tal como es el caso de su reyerta con las críticas que recibió su ensayo *Barranquilla y su gente*, al que se refiere en *Los Presidenciables*.

No conozco ni el periódico ni el personaje que me da ese mordisco con motivo de la aparición de mi libro “Barranquilla y su gente” y apenas sé del caso por el recorte que me mandó Alberto. Para dolor de ese tío, te anuncio que ya está para salir la segunda edición, y que Barranquilla ama a ese libro y lo defiende como cosa propia. (Manrique, 1944, p. 114)

Considero necesaria la reedición completa de su obra. En el caso de *La Venturosa*, novela por la cual conocí al escritor, no tiene ejemplares a la venta –solo se consigue en la biblioteca–. Por otra parte, libros como *Barranquilla y su gente* o *Cartagena y su gente* deben ser revisados en calidad de auténticos ensayos que se nutren de un análisis histórico y social de la época. Además, es necesario rastrear *Bogotá y su gente* y *Antioquia y su gente*, ensayos que fueron anunciados, pero que no están en las bibliotecas. Los últimos cuatro títulos,

sugieren una preocupación de corte sociológico que ameritaría un estudio especializado. Así mismo, considero que el conjunto su obra debería tener un acceso comercial más amplio.

De igual manera, también es importante desentrañar por qué en la caratula de algunas ediciones que Manrique autorizó, aparece la indicación: *La Venturosa* (novela autobiográfica). Incluso, algunas presentan *Invasión por el Pacífico* como una novela próxima a ser publicada, pero no existen ejemplares en las bibliotecas nacionales. Otro aspecto que llama la atención es el papel de editoriales como Kelly o Ediciones Gente de Colombia, de las cuales desconozco su trayecto y formas de publicación.

En cuanto a su obra literaria, es fundamental poner en perspectiva la obra de Manrique con el resto de la producción literaria colombiana para explicar su incorporación a una posible historia literaria de la novela y del ensayo en Colombia. Esto permitiría la actualización de las demás obras que gravitan en el campo de la literatura nacional.

En conclusión, Manrique fue un intelectual de suma importancia para el periodismo de principios de siglo XX, incluso, una figura representativa en el partido Liberal, que no tuvo cargos públicos, pero que fue muy activo dentro de las discusiones del partido. Además, su papel en la literatura es clave: deja ver unos recursos expresivos que se ajustan más a formas literarias del siglo XIX, pero cuyo enfoque se concentra en los problemas de su presente histórico.

Referencias

Corpus de estudio

- Manrique, R. (1937). *Bajo el signo de la hoz: la conjura del comunismo en Colombia*. Bogotá: Editorial ABC.
- Manrique, R. (1944). *Los Presidenciables*. Barranquilla: Ediciones Gente de Colombia.
- Manrique, R. (2005). *La Venturosa. Gesta de guerrilleros y bravoneles, relato de incubos y súcubos, amores, trasgos y vestiglos*. Bogotá: Trilce Editores.
- Manrique, R. (2017). *La Venturosa. Gesta de guerrilleros y bravoneles, relato de incubos y súcubos, amores, trasgos y vestiglos*. Bogotá: Diente de León.

Bibliografía de consulta

- Acosta, C. E. (5 de abril de 2014). Remá, remá. Las literaturas del río Magdalena. *Credencial Historia*, 292. Recuperado de <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-292/rema-rema-las-literaturas-del-rio-magdalena>
- Anacona Aldana, N. (2015). *Geosímbolos venturosianos en el Huila* (tesis de pregrado). Neiva: Universidad Surcolombiana.
- Ardila Duarte, B. (2005). Alfonso López Pumarejo y la revolución en marcha. *Credencial Historia*, 192. Recuperado de <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-192/alfonso-lopez-pumarejo-y-la-revolucion-en-marcha>
- Ardila, M. (1990). Diplomacia multilateral durante la segunda administración de Alfonso López Pumarejo (1942-1945). *Análisis Político*, 10, 7-22. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/74298/67113>
- Carrillo Castillo, L. (8 de octubre del 2010). El concepto kantiano de ciudadanía. *Estudios Filosóficos*, 42, 103-121. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/ef/n42/n42a06.pdf>
- Bajtín, M. (2003). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editores.



- Bell Lemus, C. (21 de marzo del 2014). Barranquilla y la modernización del delta del río Magdalena (1842-1935). *Revista M*, 11, 52-65.
- Bense, M. (2004). Sobre el ensayo y su prosa. Traducción de Martha Piña. Revisión de Liliana Weinberg. Cuaderno de los seminarios permanentes México: UNAM.
- Bourdieu, P. (2003). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Editorial Quadrata.
- Bourdieu, P. (2011). “La ilusión biográfica”. En *Acta sociológica*, 56 (septiembre - diciembre), pp. 121-128.
- Camacho, M., Zabaleta, A. y Covo, P. (2007). *Bibliografía general de Cartagena de Indias*. Cartagena: Ediciones Plumas de Mompox.
- Cano, F. y Roich, P. (2005). *La novela histórica, entre la realidad y la ficción*. Buenos Aires: Tinta Fresca.
- Castillo Quintana, G. (2017). Ensayo, conciencia histórica e identidad en Colombia (1790-1820) (tesis de posgrado). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Consuegra, J. (10 de junio de 2013). Quise hacerle un favor a la historia. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/entretenimiento/unchatcon/quise-hacerle-un-favor-historia-articulo-426964>
- Cristina, M. (s. f.). Costumbrismo. [Recurso en línea]. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/478310433/Costumbrismo>
- Curcio Altamar, A. (1957). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Colcultura.
- Deas, M. (2000). Reflexiones sobre la guerra de los Mil Días. *Credencial Historia*, 121. Recuperado de <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-121/reflexiones-sobre-la-guerra-de-los-mil-dias>
- Duarte Rangel, C. (2005). La representación del Bogotazo en cuatro novelas colombianas: 1948-1953 (Tesis de pregrado). Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander. Recuperado de <http://tangara.uis.edu.co/biblioweb/tesis/2005/118464.pdf>
- Dubois, J. (2014). *La institución de la literatura*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia

- Flórez, L. (1947). Ramón Manrique, *La Venturosa* (novela). Gesta de guerrilleros, bravoneles, relato de íncubos y súcubos, amores, trasgos y vestiglos. Bogotá, Kelly, 363 págs [reseña]. *Thesaurus*, 3(1, 2 y 3), 332-335. Recuperado de http://www.bibliodigitalcaroycuervo.gov.co/122/1/TH_03_123_338_0.pdf
- Gadamer, G. (1993). *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Jaramillo Vélez, R. (1998) *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Selene Impresores.
- Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria: las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Biblos.
- Juan Ignacio de Armas y Céspedes. (s. f.). *En EcuRed*. Recuperado el 15 de enero de 2021 de <https://normasapa.com/como-citar-referenciar-wikipedia-normas-apa/>
- Lasso, L., Forero, C. y Silva, C. (2008). Ramón Manrique Sánchez: El último Liberal Radical. En L. Lasso (ed.), *Huila: 100 años no es nada* (p. 185). Neiva: Universidad Surcolombiana.
- Lozada, F. (2007). *Literatura huilense*. Neiva: Fondo de Autores Huilenses.
- Orlando Melo, J. (2020). Jorge Orlando Melo: Ley heroica de 1928 [Recurso en línea]. Recuperado de <http://www.jorgeorlandomelo.com/leyheroica.htm>
- Pasión Creadora. Obra literaria y periodística de Héctor Ocampo Marín. (s. f.). Juan Roca Lemus [Recurso en línea]. Recuperado de <https://www.pasioncreadora.info/ensayo/historia-de-la-literatura-de-antioquia/juan-roca-lemus/>
- Red Cultural del Banco de la República en Colombia. (s. f.). El periodismo en Colombia [Recurso en línea]. Recuperado de https://enciclopedia.banrepultural.org/index.php/El_periodismo_en_Colombia#Historia_del_periodismo_en_Colombia
- Riquer, Martín de. y Valverde, J. (1977). *Historia de la Literatura Universal, IV: La literatura de Hispanoamérica*. Barcelona: Planeta.



- Ruiza, M., Fernández, T. y Tamaro, E. (2004). [Recurso en línea]. En Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea. Barcelona (España). Recuperado de https://www.biografiasyvidas.com/biografia/t/torres_carlos.htm el 16 de febrero de 2021.
- Salas Ortiz, C. (2018). La gesta comunera y el sacrificio de los mártires huilenses en la Independencia. *Revista Academia Huilense de Historia*, 69, 179-186. Recuperado de <http://www.journals.academiahuilensedehistoria.org/index.php/rahh/article/view/99/98>
- Sánchez Suárez, B. (1987). *Narrativa e historia: el Huila y su ficción*. Neiva: Fundación Tierra de Promisión.
- Sánchez, R. (1996). Ramón Manrique Sánchez: la defensa de la civilización occidental. En B. Tovar (Ed.), *Historia General del Huila - Volumen 5* (pp. 208-210). Neiva: Diagramación y Artes.
- Santos Molano, E. (2007). Un siglo del ensayo. *Credencial Historia*, 207. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/node/86494>
- Silva, R. (2005). *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Bogotá: Carreta.
- Urrego, M. (2002). *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Zapata, O. (Julio-diciembre del 2014). Usted tira Mariano y yo Laureano respondo: la división del partido conservador en 1953. *FORUM Revista Departamento de Ciencia Política*, 6, 99-116.